



Manuel II Paleólogo, emperador de Bizancio (1391 – 1425)

La vida de un soberano ilustrado y guerrero que comandaba un imperio desangrado y rodeado de enemigos.

*A cura di **Rolando Castillo***

“Saranno come fiori che noi coglieremo nei prati per abbellire l'impero d'uno splendore incomparabile. Come specchio levigato di perfetta limpidezza, prezioso ornamento che noi collocheremo al centro del Palazzo”

www.porphyra.it

“El emperador está predestinado al gobierno del mundo igual que el ojo nació del cuerpo para dirigirlo. Dios no necesita de nadie: el príncipe solo necesita de Dios. Entre Dios y él no existe intermediario.”

Agapeto, siglo VI

Introducción

Manuel Paleólogo es, sin lugar a dudas, un protagonista muy importante de la historia del imperio bizantino. Es, en forma concluyente, quien atestigua que el imperio sigue siendo tal en el siglo XV, aún cuando muchos historiadores digan que todo terminó en 1204.

Mientras él vivió, Bizancio continuó siendo representado por un emperador de cuna noble, un hombre notable que tuvo energía e inteligencia suficientes como para soportar la difícil época que le tocó vivir, para controlar la política de los Balcanes en mucha mayor medida de lo que sus propias posibilidades le daban, y que, por si eso fuera poco, como si hubiera sido un aventurero o un buscador de tesoros, vivió las aventuras más increíbles que le podían estar reservadas a un príncipe bizantino.

No hubo en la Historia del imperio un hombre igual a él, ya que no se reunieron en nadie más las diversas circunstancias que se dieron en el sentido de ser un gran emperador con un pequeño y reducido imperio en decadencia. A él le tocó mandar en la capital y en escasos territorios a su alrededor, en las ciudades de la costa del Mar Negro, en las ciudades de la costa del sur de Tracia, en Tesalónica, y en el Peloponeso, donde el despotado de Mistra llegaba a su apogeo cultural a pesar de la amenaza otomana. No se puede siquiera imaginar lo que sentiría Manuel cuando el imperio de su padre se iba desmoronando poco a poco y derrumbándose todo lo que en el futuro le tocaba gobernar.

No tuvo una vida fácil, no vivió en enormes palacios con múltiples salas lujosas ni conoció tesoros exorbitantes como sus antepasados, los emperadores de los siglos anteriores. Estuvo preso varias veces acorralado por los más difíciles acontecimientos; formó parte de la corte del sultán obligado por las circunstancias; debió incluso mandar un ejército que conquistaría una ciudad bizantina para el sultán. Manuel soportó todas estas humillaciones de forma estoica y valiente, para sobreponerse a cada una por vez y lograr establecer la mejor política posible y alcanzar a superar los sucesos fatales que se sucedían a velocidad vertiginosa.

No conoció Constantinopla cuando era una ciudad de mármol, oro, enormes columnas, grandes avenidas, palacios, iglesias llenas de reliquias, ni cuando estaba llena de felices habitantes que comerciaban, trabajaban, se dedicaban al estudio o al entrenamiento militar. Conoció la capital cuando era una verdadera ruina, dominada por las repúblicas italianas en todo sentido, y cercada por un naciente imperio otomano que la estrangulaba, aunque con intermitencias la dejaba tranquila, especialmente cuando la sapiencia política de Manuel se hacía notar, o cuando alguna ayuda exterior era prestada en forma generosa, lo que no ocurrió muy seguido.

Por todo esto y mucho más que veremos en este trabajo, vale la pena considerar a Manuel como uno de los más grandes monarcas bizantinos. Sin dudas fue el hombre que consiguió que Bizancio sobreviviera y mantuviera la esperanza mucho más tiempo de lo esperado. Poco a poco vamos a ir descubriendo a una persona que supo vivir como lo requería su mundo, lleno de peligros, intrigas, traiciones y dominado por los otomanos por un lado y las repúblicas italianas sedientas de riqueza por otro. Una persona sumamente capaz y talentosa que vivió un tiempo desfavorable, pero que supo sacar el mejor partido de cada pequeña ventaja de la que dispuso.

Como si este lado de su personalidad fuera poco, también fue Manuel un excelente escritor, un hombre que dedicó a las letras gran parte de su peligrosa vida, como si en cada escrito, en cada carta que escribiera, descubriera que su verdadera personalidad era la del emperador culto, sensible y amable que también supo ser.

Finalmente, estamos ante el estudio de la vida de un hombre que comprendió perfectamente a su pueblo, que nunca se puso en contra de los deseos de la gente común que vivía en Bizancio, un pueblo que le respetaba y que terminó adorándolo como a nadie. Jamás dispuso, como lo haría su padre y luego sus dos hijos, traicionar el sentimiento de sus ciudadanos sometiendo a la iglesia romana. Ese solo hecho demuestra que a pesar de sus propias ideas, las que probablemente estuvieran a favor de una unión salvadora aunque vergonzosa, Manuel supo interpretar a la gente que sentía que la unión y sumisión al Papado sería la verdadera muerte de Bizancio.

Por eso su grandeza brilla aún más, porque supo renunciar a sus ideas en pos de mantener el orgullo y la independencia religiosa de su patria. Y porque aunque supo pedir, aunque viajó a rogar socorro, a solicitar ayuda en forma casi desesperada, siempre lo hizo con la altura que correspondía, y no de rodillas y prometiendo lo que no podía nunca ofrecer: el alma de su pueblo.



La ciudad de Mistra, última gema imperial.

El hombre.

Manuel Paleólogo nació en 1350, siendo el segundo hijo varón del emperador Juan V (1341-1391) y de Elena (1333-1396), que era hija a su vez del emperador Juan Cantacuceno (1347-1354).

De tal manera, Manuel tenía en las venas sangre imperial por línea materna y paterna, por parte de dos de las familias más destacadas del imperio. Era medianamente alto, elegante, tenía porte de soberano, un aspecto que impresionó al mismo sultán Bayaceto, quien llegó a decir, según los cronistas de la época, que si no supiera que Manuel era emperador, lo mismo lo hubiera pensado. Poseía una gran fuerza en la mirada y una resolución extraordinaria para un gobernante bizantino de la última época. Gozó siempre de una salud de hierro y de una energía portentosa, según cuentan los escritores de su tiempo. Fue una persona muy bien instruida, que gustaba mucho de la lectura, y un eximio escritor, que dedicó parte de su tiempo a escribir tratados teológicos, obras retóricas, varios escritos diversos y enorme cantidad de cartas que por suerte han perdurado hasta la fecha.

Manuel tuvo una vida signada por la fortuna, que en la mayoría de los acontecimientos le fue esquiva, tanto que lo llevó a ser una persona melancólica y en oportunidades desconsolada, porque se preocupaba en forma seria y responsable del destino de su imperio. A pesar de ello su sensibilidad y cultura fueron admiradas por todos quienes lo conocieron, incluso en el exigente mundo occidental pre-renacentista.

Pese a todas estas características de humanista, también fue un extraordinario soldado, un guerrero destacado como debía ser un señor bizantino, y esto lo demostró en reiterados actos de coraje. Con su voz de mando hacía que el pueblo lo siguiera sin dudar y lo amara como a nadie en estas últimas décadas tan tristes para el imperio.

Manuel contrajo matrimonio cuando ya era un hombre maduro con Helena Dragasés, hija del príncipe serbio Constantino Dragasés. Tuvo siete hijos varones: Miguel, que murió siendo muy niño, Juan, que fue su sucesor como Juan VIII desde 1425 hasta su muerte en 1448, Andrónico, gobernador de Tesalónica hasta 1422, muerto ese mismo año luego de una grave enfermedad, Teodoro, déspota de Morea como Teodoro II (1407-1442), Constantino, déspota de Mistra (1443-1448) y sucesor de Juan VIII como Constantino XI (1448-1453), último emperador de Bizancio, Demetrio, déspota de Morea (1449-1460) y Tomás, déspota de Morea (1430-1460).

Con semejante familia formada Manuel aseguraba la sucesión al trono de la mejor manera posible, afirmando incluso a su hijo mayor como candidato preferencial sobre los demás, para evitar conflictos. Una forma muy inteligente de evitar las guerras civiles en el seno de su familia, las que habían sido una de las causas de la decadencia del imperio. Aunque llegaba demasiado tarde. Sin embargo, triunfó allí donde otros grandes emperadores como Basilio II o Manuel Comneno fracasaron. Sus dos hijos emperadores también fracasaron en ese sentido.

Asimismo afirmando la unión familiar y la confianza y lealtad de sus hijos Manuel se aseguraba un sistema de gobierno que impulsó en forma muy inteligente, que era el de dar a cada uno de ellos un territorio para gobernar en su nombre, con lo cual conseguía cierta homogeneidad en un imperio partido en pedazos y rodeado de enemigos. Los peligros de guerras civiles, tan comunes dentro del seno de la familia gobernante, se habían extinguido gracias a su trabajo de toda la vida, imponiendo su voz sobre la de todos sus hijos, que lo obedecieron sin dudar hasta que ya viejo y cansado se retirara a vivir a un monasterio.

Uno de sus gustos más importantes era escribir en diversos géneros y estilos. Logró que su escritura sobresaliera en cuanto a la excelente retórica utilizada. Escribió, entre otras cosas, el “Epitafio al

Déspota Teodoro de Mistra” (de más de cien páginas), un “Tratado sobre los sueños”, un “Tratado sobre los Deberes de un Príncipe”, una ékfrasis sobre un tapiz del antiguo palacio del Louvre (entre 1401 y 1402), e infinidad de cartas que destacaban por su valor histórico y literario. Su deseo de quedar en la inmortalidad con su obra escrita queda plasmado en un envío que el emperador realizó de una de sus obras al humanista italiano Guarino de Verona para que éste la traduzca al latín o al italiano. Su escrito debía sobrepasar al mundo bizantino para integrarse al nuevo mundo europeo que estaba naciendo.

Manuel Paleólogo ha sido en muchas ocasiones reducido a ser un personaje secundario de la historia por el común de los historiadores que lo culpan de hacer tratados con el turco, de ser un mero vasallo, de mendigar plata y soldados a todos los estados, etc., etc. Sin embargo, debajo de esa “piel de cordero débil y asustado” que dibujan los hombres que escriben la historia, hay un verdadero ser humano con diversas características positivas, como son su sentimiento verdadero de cariño hacia el imperio, su natural voz de mando para guiar sus tropas, su inteligencia y versatilidad al momento de escribir, su capacidad de comprender las diversas situaciones que se le presentaron en la vida, y muy especialmente su dignidad, ya que a pesar de haber sufrido diversas humillaciones en extremo desagradables que le tenía reservado su amargo destino, se mantuvo bien en alto hasta el momento en que, retirado en un monasterio, ya anciano y extenuado, muriera en paz consigo mismo y con el pueblo bizantino que lo amaba como a ningún otro emperador en los últimos trescientos años de vida del imperio.

Además debemos decir que a pesar de que el imperio estaba en decadencia evidente y con signos de derrumbarse y desaparecer, la figura del emperador bizantino todavía seguía teniendo la misma mística e idéntica importancia que en todos los siglos anteriores. "Seguía siendo la cabeza de la Iglesia oriental y por consiguiente él era la persona elegida por Dios para gobernar este mundo de acuerdo con sus dictados. La personalidad de Manuel cumplió con creces su cometido y, lejos de ser un personaje secundario, fue uno de los principales protagonistas de su tiempo.

Como protagonista de la historia que fue, se comportó siempre de manera digna de un emperador, a veces humillado por el sultán, a veces superado por las circunstancias, y porqué no, cometiendo actos que configuraron enormes fracasos, lo que hace destacar aún más ese noble proceder.

La época

«Apenas salido de la infancia y antes de alcanzar la edad viril, fui arrojado en una vida llena de males y turbulencias, pero que permitía prever que el porvenir nos haría considerar el pasado como una época de serena tranquilidad».

Manuel Paleólogo

Para poder comprender su vida y obra debemos primero hacer un relato de ciertos hechos que nos mostrarán el mundo que le tocó vivir a esta persona que, como ya hemos remarcado, demostró tener todas las dotes de un verdadero emperador aunque ya sin un gran imperio que conducir. Estas dos especiales características hacen de Manuel un personaje único en la historia de su tiempo.

Su padre Juan V fue emperador desde 1341 hasta 1391, aunque con muchas interrupciones provocadas por la agitada vida de la corte bizantina de la época, golpes de estado, traiciones e influencia extranjera. Juan era un convencido unionista, tal vez influido por la inclinación de su madre Ana de Saboya hacia el mundo occidental, y pensaba con una insistencia casi fanática que la única salvación del imperio podría llegar a través de la ayuda occidental.

Como demostración de lo firme y convencido que era ese pensamiento en el monarca, podemos contar que en 1355, mediante una carta bastante extraña (especialmente para haber sido escrita por un emperador bizantino, tal vez por lo directo de su mensaje), llegó a ofrecer al Papa como rehén a Manuel, por entonces de cinco años, en garantía de sus promesas de unión, y para ser educado por el Papa mismo. En caso de que Juan no pudiese cumplir con sus promesas abdicaría y Manuel, como pupilo del Papa, sería quien gobernara el imperio, y por supuesto sería el Papa quien gobernaría como regente hasta su mayoría de edad. No fue tomado en serio por Inocencio VI, quien respondió con grandes elogios y con evasivas que enfriaron la propuesta del emperador. Juan debió terminar de reconocer que el pueblo bizantino no iba a aceptar una locura de ese tipo.

Manuel II llega al trono de Bizancio en un momento en el cual ya casi se habían perdido las esperanzas de un restablecimiento total del territorio de Bizancio, aunque la idea imperial bizantina siguiera vigente como siempre. Los principales factores que determinaron esta situación fueron, en primer lugar, la gran actividad de los otomanos en los Balcanes y la conquista por parte de estos de los reinos circundantes al imperio; en segundo lugar, la enorme competencia entre venecianos y genoveses por los restos de Bizancio; luego, la división en el seno de la familia de los Paleólogos, que había provocado grandes derramamientos de sangre y pérdida constante de poder; y finalmente, la gran cantidad de pérdidas territoriales primero en manos de reinos eslavos como del de los serbios y el de los búlgaros y luego ante los otomanos. Todos estos acontecimientos habían provocado el desastre, del cual ya había muy pocas esperanzas de salir, al menos sin ayuda del occidente tan detestado por el pueblo.

Por lo tanto, Manuel llega al trono en medio de una enorme pugna de fuerzas que buscaban establecer sus influencias en la corte bizantina para defender sus intereses, los cuales siempre eran contrarios a los del pueblo y los gobernantes del imperio.

Los territorios bizantinos estaban reducidos a la capital y sus alrededores, la Morea (solo una parte del sur del Peloponeso), la costa del sur de Tracia, Tesalónica y sus alrededores, algunas islas del Egeo septentrional y algunas ciudades de la costa europea del mar Negro. Una situación prácticamente insostenible, que requería de un gran dominio diplomático y guerrero a la vez para no

desaparecer en cuestión de meses. Equilibrio ampliamente conseguido por el emperador, lo que demostró que Manuel estaba a la altura de las circunstancias.

Venecia se hallaba enquistada en el imperio desde hacía ya más de tres siglos. Los territorios venecianos comprendían la totalidad de la isla de Creta, los puertos del Adriático Escútari, Alessio y Dirraquio, la isla de Corfú, los puertos del Peloponeso Modón, Corón, Argos y Nauplio, y la isla de Eubea con el importante puerto de Negroponto. Sus dominios, entonces, abarcaban desde las costas dálmatas hasta el Egeo occidental, y eran todos puertos muy importantes desde el punto de vista comercial.



Fortaleza genovesa de Militene.

Génova estaba presente de manera muy fuerte en territorio bizantino desde la reconquista de Constantinopla por parte de las tropas de Miguel VIII, el primer Paleólogo reinante, hacía ya más de cien años, en 1261. Los genoveses dominaban y eran dueños de las islas de Quíos y Militene, Focea en la costa oeste de Asia Menor, el puerto del sur de Tracia Eno, la colonia de Pera, los puertos del sur del mar Negro Amastris y Simios, al norte del Mar Negro Kilia, Moncastro y Cafta, y todo el sudeste de Crimea, con los puertos de Cembalo, Soldaya y Kerch. Por lo tanto, sus dominios abarcaban las costas desde el sudoeste de Asia Menor hasta Crimea, con muchos puertos sobre las costas sur y oeste del Mar Negro. Otra pieza importante del engranaje era Famagusta, en Chipre, obtenida por los genoveses a partir de 1373.

Tanto Génova como Venecia e incluso Pisa tenían barrios comerciales dentro de una Constantinopla que ya había comenzado una grave decadencia y que ofrecía zonas en estado de desastre, muchos barrios casi abandonados, cultivos donde antes hubo palacios o villas residenciales. Sin embargo, los barrios de las repúblicas italianas eran prósperos y solían dar buenas ganancias a los comerciantes que habitaban en ellos.

Los turcos se habían instalado en los Balcanes en tiempos mucho más recientes, especialmente a partir de 1355, pero su empuje era a veces incontenible, y a diferencia de las repúblicas italianas, conquistaban los territorios del interior con una avidez incomparable, mientras los italianos se dedicaban preferentemente a las costas e islas. En los primeros cincuenta años de la vida de Manuel, los otomanos, que ya estaban bien asentados en Asia Menor, conquistaron toda Bulgaria, el sur de Serbia, Tesalia, Macedonia y Tracia, llegando a dominar desde el Mar Negro hasta el Adriático, y desde el Danubio hasta limitar con Neopatria, todo esto desde 1350 hasta 1402.

Una cantidad enorme de territorios que llegaron a someter mediante la acción guerrera de sus ejércitos y el considerable esfuerzo de sus habitantes, ávidos de ocupar y de establecerse en nuevas

áreas y de hacerse con sus tesoros. Allí donde llegaban los turcos se instalaban y se hacían dueños del lugar. Solamente les faltaba ahora el sur de Grecia, Epiro, algunas ciudades de Tracia y Constantinopla para hacerse dueños de todos los territorios que históricamente habían pertenecido a Bizancio.

Los primeros pasos en la política (1371 – 1373)

“También el espíritu maligno y envidioso en múltiples ocasiones ha revelado muchas cosas que habrían de suceder, no sólo en sueños, sino con ciertos agujeros (...) engañándonos en primer lugar y maquinando nuestra perdición, después, con sus mentiras. No dice la verdad por conocerla previamente, terminemos!, sino por imaginarla y conjeturarla. A veces engaña voluntariamente, otras porque se equivoca.”

*Manuel Paleólogo**

* “La epístola Peri Oneiraton de Manuel Paleólogo” Ignacio R Alfageme, Cuadernos de Filología Clásica, II, (1971) pp. 227 – 255. Extraído de <http://www.tdx.cesca.es/>

Como buen hijo de un emperador bizantino, Manuel debió participar en los acontecimientos políticos desde muy pequeño, al principio a la sombra de su padre y de su hermano mayor Andrónico, seguramente el futuro heredero del imperio. A pesar de su juventud Manuel siempre mostró buen criterio para gobernar, un gran amor por su padre y por su gente, y decisión a la hora de resolver las difíciles cuestiones que se le plantearon. He aquí una serie de acontecimientos en los que le tocó participar, demostrando siempre valor e inteligencia.

Uno de los primeros episodios en los que le tocó demostrar la fidelidad que tenía a su padre ocurrió en 1371. Manuel, que era en esos tiempos gobernador de Tesalónica a sus veintiún años, tuvo que rescatar a Juan V, el cual volviendo de su viaje a Roma, donde se sometió en forma personal al Papa en contra del sentimiento de su pueblo, pasó por Venecia y fue “retenido” unos diez meses en contra su voluntad por una deuda que se remontaba a algunos años atrás, cuando la emperatriz Ana empeñó las joyas de la corona a cambio de un préstamo.

Para liberarse, Juan había ofrecido la estratégica isla de Tenedos a los venecianos. Andrónico, primogénito de Juan, había quedado como regente en ausencia del emperador, y se negó a entregar la isla, no por patriotismo sino por ser un mero sirviente de los genoveses que actuaban políticamente desde su colonia de Gálata, en la otra orilla del Cuerno de Oro, frente a Constantinopla.

La isla de Tenedos era un puerto estratégico fundamental, de cara al estrecho de los Dardanelos, y tenía una dársena perfectamente edificada y segura, donde solían anclar una gran cantidad de naves que atravesaban la región.

Tuvo que ser Manuel quien juntara en Tesalónica el dinero tan importante y escaso para el imperio en esos días, y viajara rápidamente para liberar a su padre. Hemos de decir a esta altura que Manuel era el preferido del emperador, por encima del primogénito Andrónico, de mal carácter y fácilmente envuelto en problemas políticos.

Ese mismo año ocurre uno de los acontecimientos que iban a influir en el futuro de los Balcanes: el 26 de setiembre, a orillas del río Maritza, los otomanos vencen en forma aplastante a un ejército serbio, lo que les abrió los accesos de toda la región casi en forma completa. Ahora Serbia, Macedonia, Grecia y Tracia estaban mucho más accesibles al conquistador. Los príncipes y nobles serbios se vieron obligados a prestar vasallaje a Murad, y pronto este estado se extendería por doquier en los Balcanes, incluyendo a los señores búlgaros.

Manuel no dejaba escapar oportunidad de obtener beneficios de todas las situaciones, por más negativos o difíciles que se presentaran los acontecimientos. Por eso los bizantinos aprovecharon esta situación luego de esta batalla para reconquistar Serres, últimamente dominada por príncipes serbios, que fue administrada en forma personal por Manuel durante un tiempo. Esta actitud, criticada por algunos historiadores como mezquina, ya que Bizancio se aprovechaba de la caída de otros príncipes cristianos, no debe entenderse mal, ya que no es criticable el hecho de que un emperador bizantino recupere una ciudad que había sido del imperio. Recordemos que según la doctrina política bizantina todo lo que algún día fue del imperio lo sería por siempre, aunque temporalmente sea conquistado por otros pueblos. Manuel hizo lo que cualquier otro en su lugar hubiera hecho, en aras de volver a conseguir bienes, dinero, hombres que lo ayudaran a reconquistar todos los territorios bizantinos, un sueño que en ese instante pensaba que podía conseguir.

Los sucesos sin embargo fueron determinando un ascendente predominio otomano en toda la región, llegando a convertirse Juan en 1373 en un simple vasallo de Murad. Esto era parte de la política desafortunada del emperador, que al no confiar en sus propias fuerzas, y viendo que la posibilidad de una cruzada de occidente se desvanecía al ser Serbia y Bulgaria estados vasallos de los otomanos, prefirió aliarse a ellos.

También pesó en esta decisión la molestia que significaba tener a su hijo Andrónico en la corte casi como un agente de los ambiciosos genoveses. Lo peor de esta situación vergonzosa era que Murad obligó a Juan a acompañarle en una campaña en Asia menor, a lo que el emperador no pudo negarse. Manuel a pesar de todo siguió siendo leal a su padre, aunque no compartiera su nefasta política de servilismo a los otomanos.

Hubo muchas cosas que Manuel podía no compartir con su padre, y sin embargo su espíritu leal siempre tuvo en cuenta que Juan era el emperador, no él, en forma directamente inversa a la actitud de su hermano mayor, Andrónico.

Manuel coemperador (1373-1391)



Retrato de Manuel

“Todos los que se encuentran fuera de los muros de la Ciudad pagan servidumbre a los turcos, y los que están dentro sucumben a la miseria y a las turbulencias.”

Demetrio Cidones

Carta a Caloferos. 1378

Hemos hablado de la actitud de Andrónico con respecto a la república de Génova. También estaba el heredero en complicidad con ciertos elementos turcos, con los cuales estaba planeando algunas acciones que iban a determinar el futuro rumbo de la política balcánica, y muy en especial el futuro de Manuel.

Fue así como el hijo mayor y heredero de Juan V organizó una revuelta contra su padre, que debido a lo impopular de los genoveses en Constantinopla terminó en fracaso, y como se había producido en combinación pactada con un levantamiento del heredero del trono otomano, Saudji Tchelebi, el sultán Murad cegó a su hijo y obligó a Juan, mero vasallo del sultán en esos momentos, a cegar a su hijo también, para que los dos sublevados recibieran un mismo castigo ejemplificador.

Como consecuencia de esto, Manuel fue coronado como coemperador el 25 de setiembre de 1373, decidiendo entonces este fracaso de la traición de Andrónico el futuro del hombre que hasta ese momento solo era un príncipe leal a su padre.

A pesar del castigo en realidad el primogénito de Juan recibió heridas menores que no le cortaron totalmente la visión, por orden expresa de su padre que lógicamente no quería hacerlo, lo que en definitiva le permitió seguir actuando en política para mayor desgracia del imperio. Esta medida iba a costar más de un disgusto a Juan y Manuel en el futuro. No sabemos si Juan se arrepintió en el futuro de ser tan benévolo con su hijo, pero es muy probable que así fuera.

Los problemas seguían sin solución de continuidad para Bizancio. En el año 1376 Juan V recibió la visita de una embajada veneciana donde se le indicaba que cumpliera su promesa de entregar la isla de Tenedos a cambio de treinta mil ducados más y la devolución de las joyas de la corona. Ya hemos hablado de Tenedos, y de su importancia capital en lo que respecta a la navegación a la entrada del estrecho de los Dardanelos. Por el momento seguía bajo un gobernador bizantino.

Este acercamiento y ofrecimiento veneciano no les gustó a los genoveses, los cuales animaron a Andrónico a cercar Constantinopla. Este visitó a Murad, a quien prometió Gallípoli a cambio de ayuda para ocupar la Ciudad. Luego de un arduo sitio de 32 días, el hijo mayor de Juan V entra en la Ciudad con tropas en parte genovesas y en parte turcas y encarcela a su padre y a su inseparable Manuel, que entonces contaba con unos veintiséis años, en la Torre de Anemas.

Sin embargo, con la ayuda de la población de la isla, especialmente de su gobernador bizantino que se opuso a entregarla a los genoveses, Tenedos es ocupada por los venecianos en octubre de 1376. Esta es la prueba de lo pernicioso de la influencia de estas dos repúblicas italianas en tierras bizantinas, siempre obteniendo beneficios a través de la traición, la corrupción o simplemente la fuerza. Mientras, el imperio se desmoronaba isla por isla, ciudad por ciudad, territorio por territorio.

Como consecuencia del trato firmado, a fines de 1377 Andrónico entrega Gallípoli a Murad, en pago por su promesa anterior. Este gesto fue fatal para el futuro del imperio, ya que con Gallípoli en sus manos los otomanos vuelven a embarcar de a miles desde Asia hacia los Balcanes, sin que nadie pueda impedirlo. La posesión de este puerto era fundamental para alimentar al ejército otomano con

miles y miles de jóvenes procedentes de todas las comarcas turcas de Asia, atraídos por la aventura de la conquista de un nuevo territorio que los sultanes trataban de organizar cada vez mejor, con más participación turca, a pesar de que todavía eran solamente tierras que se daban en vasallaje con la promesa de tributar al sultán.

En un golpe de audacia, dos años después Juan y Manuel escapan de su prisión ayudados por los venecianos, dirigiéndose en cuanto atraviesan las murallas hacia Crisópolis, cerca de la cual se hallaba el campamento de Murad. Se entrevistan con el sultán, a quien terminan prometiéndole ayuda militar y la ciudad de Filadelfia, última posesión bizantina en Asia Menor, con tal de que los ayude a recuperar la Ciudad. Otra acción signada por la necesidad, obligados por la traición de Andrónico. Recurrir al turco no era el deseo de Manuel, pero la política de Juan era muy clara: ser vasallo del sultán para obtener beneficios. Manuel volvía a demostrar su lealtad, apoyando a su padre, pero aún no demostraba que había otro camino posible.

Murad puso en las manos de Juan y Manuel un pequeño ejército y los venecianos, que odiaban a Andrónico IV por sus pactos con los genoveses, dieron una pequeña flota. Con esa ayuda recuperan el control de la Ciudad, el 1 de julio de 1379. Andrónico se refugia en Gálata, la colonia genovesa del otro lado del Cuerno de Oro, en Pera. Escaramuzas y permanente inquietud se vivieron entre los partidarios de Manuel y de Andrónico, sin que Juan pudiese establecer la paz por cerca de dos años. Idas y venidas como ésta eran muy comunes y la inestabilidad política hacía que nadie se sintiera seguro, máxime con las influencias de extranjeros interesados en ciertos beneficios que acababan por socavar cualquier intento de resurgir del imperio.

La pérdida de Tesalónica, el gran fracaso de Manuel.

Entre tanto la marcha turca por los Balcanes era imposible de frenar. En 1380 los otomanos al mando de Jaireddin entran en Ocrida y Prilep, avanzando hacia Albania. Poco a poco fueron derrotando a los caudillos albaneses quitándoles su territorio. Tardaron algunos años pero los otomanos siguieron afirmándose en el poder, ayudados por la enorme división entre las potencias cristianas que los habitan.

La situación en el seno de la familia imperial era insostenible por la rivalidad entre Juan y su hijo Andrónico. Para sobreponerse a esta situación, aunque no se puede descartar que haya sido por influencia genovesa, en 1381 Juan repone como heredero del trono a Andrónico como parte de un tratado de paz para que se termine la hostilidad y la competencia en el seno de la familia gobernante. Sin embargo, de hecho gobernaba con Manuel. El hecho de las grandes disputas por el trono también demuestra que la figura del emperador aún mantenía el prestigio de antaño. Seguía siendo el emperador el representante de Dios en la Tierra, y pelear por ello seguía valiendo la pena, aunque el imperio real se estuviese desmoronando.

La situación en Bizancio se hacía cada vez más insólita, y esto lo demuestra que en el año 1383 Manuel toma posesión de Tesalónica como emperador, aunque los territorios estaban divididos entre los miembros de la familia Paleólogo: Juan V gobernaba desde Constantinopla, Manuel II desde Tesalónica, su hermano Andrónico IV desde las costas del Mármara al sur de Tracia y Teodoro en el Peloponeso. Todos eran prácticamente independientes unos de otros, y a su vez dependían del sultán. Cuatro emperadores para un imperio tan pequeño y partido y sin un gobierno central era una verdadera locura.

A pesar de estas divisiones entre los familiares, Manuel era el único de ellos que gobernaba en forma real de acuerdo a su carácter y que como caudillo hacía lo que tenía que hacer un verdadero

emperador, ya que transformó a Tesalónica en el verdadero centro de actividad imperial, llegando a imponer su autoridad sobre Macedonia y Tesalia, y aumentando la resistencia contra los otomanos.

Pero los otros territorios con sus gobernantes, como ya se dijo, eran vasallos de Murad, que utilizando el puerto de Gallípoli traía cada vez más tropas que atravesaban el mar desde los campos asiáticos hacia Europa para poder cumplir con su plan de organizar los Balcanes y conquistar todos los territorios que por ahora estaban en poder de los bizantinos.

En ese entonces Manuel todavía creía que con energía y lucha contra el turco se podía salir adelante, por eso por primera vez se sale de la política de acuerdos con los otomanos que marcaba Juan V. Cuando el general Jaireddin toma por orden de Murad la ciudad de Serres, que hasta ahora había permanecido en poder de los bizantinos, el 19 de setiembre de 1383, Manuel, que estaba muy entusiasmado con sus ideas de expulsar a los turcos de toda Macedonia, se complotó con los nobles de aquella ciudad y una noche degollaron a toda la guarnición turca que había quedado vigilándola.

Sin embargo, la respuesta no se hizo esperar. Furioso por este hecho, Murad encarga a Jaireddin que dirija sus tropas a Tesalónica, donde se encontraba Manuel, ordenándole que la tome por asalto violento y tome venganza de lo sucedido en Serres.

El general otomano Jaireddin pone cerco a la ciudad de Tesalónica en octubre de 1383 y en forma inmediata envía embajadores a Manuel para advertirle que si no abría las puertas de sus murallas sería responsable de una masacre. El coemperador responde que defenderá la ciudad a muerte, y luego convoca en la plaza principal a todos sus ciudadanos, los apremia a combatir a los turcos con todas sus fuerzas, y comienza a dar órdenes para la defensa. El entusiasmo de Manuel, que entonces contaba con treinta y tres años y estaba con las fuerzas intactas contagió a todos los habitantes de la ciudad macedónica, la segunda joya del imperio, los cuales se aprestaron pronto a combatir y a dar su vida por la libertad que les prometía Manuel.

Tesalónica estaba cercada por tierra, pero los otomanos todavía no contaban con una flota importante, por lo tanto podía recibir muy fácilmente ayuda exterior. No obstante, en los tres años y medio que duró el sitio nadie acudió en su ayuda y la miseria terminó cercando con más fuerza a sus habitantes que las armas del sultán. Los ciudadanos, pasados los tres años de sitio, estaban con la moral totalmente destruida y ya a esta altura lo único que deseaban era entregarse al sultán y volver a la normalidad aunque sea con un régimen vasallo de los turcos.

Derrotado, no militarmente, sino por el desánimo de su propio pueblo, Manuel, que no quería rendirse, fue apresado por los arcontes de la ciudad, que le exigieron la entrega de la misma. Resignado, no pudo hacer más que un trato con la aristocracia local.

Por eso Manuel abandonó de incógnito la ciudad el 6 de abril de 1387 evitando a los guardias turcos rumbo a Lesbos, alejándose de la ciudad que tanto amaba. Tres días después los que quedaron en Tesalónica abrieron las puertas para evitar la masacre. La segunda ciudad bizantina pasaba ahora a manos otomanas. La segunda gema de Bizancio terminaba de esta manera en manos del enemigo, por culpa de los hechos acaecidos en Serres, de los cuales Manuel era el ideólogo principal.

Este fue el gran fracaso de la vida del príncipe bizantino, un desastre que lo marcaría para siempre, ya que en lo sucesivo trató de evitar hechos tan desastrosos, tan desafortunados como los de la noche de Serres, para que el porvenir pudiera ser un poco más seguro, si eso era posible, y supo manejarse mejor políticamente con los turcos, a quienes recién estaba conociendo.

Juan V estaba enfurecido con Manuel, ya que no quería una confrontación directa con el turco, y prefería hacer tratos a enfrentárseles. Y Manuel había hecho justamente lo contrario. Con su fracaso en Tesalónica parecía indicar que la política de Juan era acertada, aunque en realidad lo que había demostrado era que con coraje, sacrificio y valentía se podía resistir, y solo la falta total de ayuda era capaz de producir una derrota. Por lo tanto lo suyo en Tesalónica puede decirse que fue producto de una buena actitud pero signada por una mala previsión política. No asegurarse la asistencia de aliados a la hora de provocar al turco le trajo un desastre. Una lección que no olvidará jamás por el resto de su vida.

Juan envía a Manuel al destierro a la isla de Lemnos, previo haberle despojado de todos sus títulos y honores para que recapacite sobre sus acciones irritantes hacia los otomanos.



Fortaleza en la isla de Lemnos.

Mientras Tesalónica estaba siendo sitiada, en 1385 moría el hijo alborotador de Juan, Andrónico IV Paleólogo. Una vida desafortunada tuvo el primogénito de Juan V, provocando muchos males para el imperio, vida que en realidad continuaría en su hijo Juan VII, un hombre que odiaba a Juan y especialmente a Manuel, y que se las arregló para seguir con la política de su padre a favor de Génova y de sumisión al turco.

Los otomanos, incontenibles.

Siguiendo con las conquistas otomanas en esa época, ese mismo año Murad avanza hacia el norte y conquista Sardica y Nis, destruyendo todos los ejércitos búlgaros que le pueden hacer frente.

También en 1385, mientras Tesalónica estaba siendo bloqueada por el ejército de Jaireddin, otras tropas derrotan a las fuerzas albanesas en Sawra, cerca de El Bassan y en el año siguiente avanzan hasta tomar Croia y Scutari. Comienza entonces la conversión de gran cantidad de albaneses a la religión de Mahoma, con la consiguiente ventaja de poder incluirlos en el ejército otomano, donde se destacaron por su bravura y valentía.

En cuanto a Manuel, podemos decir que confrontarse con un individuo como Murad no fue nada ventajoso, primero porque la situación ya estaba a favor de los otomanos, y luego porque la administración del sultán fue excelente, ya que se encargó de transformar las conquistas de sus antecesores y las suyas propias en algo más parecido a un estado otomano, con capacidad para gobernar en todos los territorios conquistados, con un ejército fuerte, bien dispuesto y entrenado, con múltiples centros religiosos, y con cada vez más habitantes provenientes de Anatolia.

A pesar de no poder lograr una uniformidad en su gobierno, que seguía dependiendo sustancialmente del vasallaje y de la sumisión de los príncipes locales, logró grandes avances en la administración de los lugares conquistados. Esta unidad estaba un poco mejor establecida que antaño, merced al poderoso ejército turco que se movía rápidamente en todo el territorio y lograba aplastar una rebelión tras otra. Otra ventaja que lograba Murad en esos años con su actitud de vencedor era el mayor prestigio para el sultán, cuya consecuencia fue obtener mayor fidelidad para su causa por parte de sus vasallos.

Por el contrario, Manuel no encontraba ayuda en su padre ni en sus hermanos, especialmente Andrónico IV, con su ambición y su poca visión política.

Para colmo de males Manuel tuvo que pedir perdón a Murad por los hechos de Serres de 1383 y por resistir en Tesalónica, como condición para poder volver junto a su padre como coemperador, en lo que constituiría un enorme desprestigio para el futuro emperador, y un reconocimiento inconfundible de vasallaje al turco.

Manuel además estaba temeroso de las verdaderas intenciones del sultán, y solamente se atrevió a entrevistarse con él cuando se le aseguró que Murad lo recibiría sin rencores.

Murad luego intercedió ante Juan V para que perdonase a Manuel, algo que seguramente Juan no habría hecho sin la autorización del sultán. Así de graves estaban las cosas en Bizancio, dependiendo siempre de la voluntad del sultán otomano.

Entretanto el ambiente político estaba cambiando. A pesar de ser cristianas, las repúblicas italianas comenzaron a firmar pactos con los turcos, ante la enorme catástrofe que estaba pasando el imperio. Evidentemente interesadas en mantener el comercio en aquellas regiones tan importantes, prefirieron pactar con el sultán antes que defender a un país cristiano como ellos. Génova lo hace en 1385 y Venecia en 1388. Con ello casi se sellaba la suerte de Bizancio, convertido en un simple estado dominado y sin apoyo de casi nadie.

Uno de los hechos más sobresalientes de la época ocurrió en la batalla de Kosovo. Murad avanzó sobre Serbia en 1389, encontrándose de repente con un enorme ejército cristiano al mando de uno de los príncipes serbios con más ascendiente, Lazar Hrebelianovich. Al entrar en el llamado “Campo de los Mirlos”, sobre la llanura de Kosovo, se encontraron los dos ejércitos, en un choque que decidiría el futuro de la nación serbia. Allí los otomanos, luego de un comienzo arrollador de los serbios, consiguieron frenarlos, y a pesar de que Murad fue apuñalado en plena batalla por un príncipe serbio capturado que había sido llamado a su presencia, su hijo Bayaceto se hizo dueño de la situación, logró imponerse y hacerse proclamar sultán en plena batalla y tomando el mando con gran energía terminó por aplastar a sus enemigos, que vieron entonces cómo su nación era destruida completamente. La poderosa infantería turca pudo mucho más que la noble caballería serbia. Serbia había sido borrada del mapa.

Esto hizo que Bizancio quedara aislado totalmente de occidente, ya que los príncipes serbios podían todavía tener contacto con el centro de Europa, pero luego de la batalla esto fue imposible. El aislamiento se hacía cada vez más sofocante y la desesperación invadía todas las almas en Constantinopla.

Con Bayaceto los otomanos solo conocieron victorias en los primeros años, aunque era muy distinto de su padre. Con la misma energía y poder organizativo, Bayaceto se distinguía por seguir los caprichos de su voluntad, con lo cual podía ser tanto magnánimo como cruel sin límites en el mismo

día. Fue apodado “El Rayo”, Yildirim en su lengua, y fue el primero en tomar el título de sultán de Rum, como los viejos sultanes selyúcidas. Sin embargo, ese título sería para Bayaceto incompleto ahora sin la Ciudad, Constantinopla, a la cual veía a su alcance.

Bayaceto advirtió muy bien las disensiones en la familia imperial de los Paleólogo, y por lo tanto le dio en 1390 una pequeña fuerza al hijo del malogrado Andrónico IV, Juan VII, para que con ella se llegase a la Ciudad desde su refugio en Gálata y tratase de expulsar a Juan y a Manuel. Estos se atrincheraron en la fortaleza cercana a la Puerta de Oro y mientras Juan V resistía Manuel escapó para conseguir ayuda, volviendo victorioso con nueve galeras prestadas. El 17 de setiembre de ese año Juan V y Manuel destruyeron las fuerzas de Juan VII y lo alejaron de la Ciudad. De más está decir que este tipo de enfrentamientos lo único que conseguían era favorecer a los otomanos, pero la política de Bayaceto perseguía justamente eso, el enfrentamiento entre los Paleólogo.



Juan VII Paleólogo

Bayaceto se puso furioso cuando se enteró del triunfo de Juan V y Manuel. En principio ordenó a Juan que destruyera la fortaleza de la Puerta de Oro amenazando con horadar los ojos de Manuel si no lo hacía, y luego decidió llamar a los dos príncipes bizantinos, Manuel y su sobrino Juan, para que lo ayuden a conquistar la última fortaleza de Asia Menor, la ciudad de Filadelfia. Si bien esta plaza había sido prometida por Juan V hace unos años a Murad, es muy probable que en su momento el gobernador bizantino hubiera decidido no abrir sus puertas a los turcos. Por esa razón ahora era la única posesión que les quedaba a los bizantinos en Asia, y por lo tanto, podía haber sido de capital importancia en un futuro cercano si cambiaban las condiciones que se estaban dando en esa época.

En definitiva, la delicada ironía del nuevo sultán se advierte en esta decisión, haciendo participar en el asalto a la última ciudad bizantina que le quedaba por conquistar en Asia Menor a dos miembros de la familia imperial, que por añadidura se odiaban y tenían una idea muy diferente de cómo hacer las cosas. No es solo una anécdota, es la demostración de poder de un miembro de la nación otomana sobre los emperadores bizantinos con un glorioso milenio sobre sus espaldas. Con esta acción Bayaceto estaba mostrando quién mandaba en los Balcanes.



*El águila bicéfala que mira a oriente y occidente,
símbolo de Bizancio y de la casa de los Paleólogo*

El emperador (1391-1425)



Manuel Paleólogo

“Si quieres ejecutar mis órdenes cierra las puertas de la Ciudad y reina en su interior, porque todo lo que hay afuera de la Ciudad me pertenece.”

*Bayaceto.
Ducas, Historia.*

En el momento de la muerte de su padre, el emperador Juan V, el 16 de febrero de 1391 Manuel, que entonces contaba con cuarenta y un años de edad, se encontraba de rehén en la corte del sultán Bayaceto. Sabía perfectamente que el sultán iba a nombrar a su odiado sobrino Juan VII como nuevo emperador, ya que éste le aseguraba una sumisión sin límites. Como consecuencia de ello, decidió escapar de la capital otomana, por ese entonces Brusa, para dirigirse a Constantinopla. La noche del 7 de marzo, amparado por la oscuridad y la confianza que la guardia turca le había demostrado por ser un noble respetado, salió de esa ciudad y se encaminó a la capital bizantina, donde fue recibido con gran entusiasmo por la gente. Comenzaba así su gobierno, desafiando el poder del sultán, ocupando el lugar que le correspondía sin que nadie pudiera impedirlo.

Como respuesta al hecho de que el emperador lo humillara de esa forma, Bayaceto, que se manifestó en esos días muy enojado y contrariado, decretó el cierre de todos los caminos hacia la Ciudad, configurando un bloqueo tan salvaje que determinó con el tiempo una creciente pobreza en Constantinopla, y la ruina total de muchos de sus barrios y habitantes que ya se estaban viniendo abajo desde hacía varios años. Según el historiador bizantino Ducas, la situación era tan comprometida que la gente demolía sus casas de madera para utilizar este material para cocer el pan. Así de delicada estaba la situación del imperio cuando asumió Manuel su destino.

Sin embargo, Bayaceto no se conformó con eso, y exigió crear en Constantinopla una zona especial para los comerciantes otomanos, con soberanía del sultán y leyes propias, y finalmente con un nuevo toque de cruel ironía obligó a Manuel a participar de una campaña en las costas del Mar Negro.

El emperador, a pesar de estas múltiples ofensas y de la en extremo difícil situación, se mantuvo firme y enérgico en el gobierno del imperio, demostrando que si otros hubiesen tenido en los años anteriores su determinación, otra podía haber sido la historia. No desfalleció, no huyó y no se entregó como otros hubiesen hecho.

A los cuarenta y dos años, Manuel se casó con Helena Dragasés, hija del príncipe serbio de Serres, Constantino Dragas, que también tenía como destino ser vasallo del sultán. Se producía entonces la unión de dos familias nobles que compartían el mismo triste destino y un futuro incierto.

Como festejo del casamiento, que se realizó el 10 de febrero de 1392, Manuel decidió que debía ser coronado junto a su esposa. Si bien había sido coronado hacía ya diecinueve años como coemperador, esta vez lo haría como el emperador de toda la cristiandad, el elegido de Dios para conducir los asuntos del imperio en la Tierra. Una ceremonia que se realizó tratando de emular toda la pompa y brillantez de antaño, lo que para el pueblo significaba que aún el imperio estaba vivo, a pesar de todas las afrentas que estaba sufriendo y de las que todavía tendría que soportar.

Siguiendo la tradición bizantina, Manuel se mantuvo firme en su puesto de mando del palacio de las Blaquernas hasta fines de 1393, pero a principios de 1394 recibió una nueva llamada del sultán, a la que no podía negarse a obedecer. En la misma, Bayaceto lo conminaba a acudir de inmediato a Serres, donde tenía su campamento. Cuando llegó Manuel se encontró con Teodoro, déspota de Mistra, con su suegro Constantino Dragas, a su odiado sobrino Juan VII y a Esteban Lazarevich, príncipe de Serbia. Ninguno de ellos sabía que los demás estaban citados. Allí comprendió el emperador que Bayaceto había planeado este encuentro para deshacerse de sus súbditos más indeseables. Pero el sultán los conminó a obedecerle siempre o pagar las consecuencias, y los dejó retirarse, y solo les hizo soportar cientos de amenazas que por suerte no cumplió. El milagro había ocurrido, el inestable sultán no se había decidido a actuar, seguramente con las ideas confusas todavía luchando en su interior. Manuel supo toda la vida que se había salvado gracias a la Fortuna que esta vez estuvo con él. Inmediatamente regresó a la Ciudad, agradeciendo a Dios su suerte.

La próxima vez que Bayaceto lo llamó, Manuel se negó a acudir a la cita. Con eso sabía que estaba provocando al sultán, incluso llevándolo a la guerra abierta con Bizancio, pero es seguro que el emperador pensó que eso era lo mejor, y que en definitiva la Ciudad era aún inexpugnable.

También tuvo que ver mucho en su decisión la llamada que hizo Segismundo de Hungría a los jefes de la cristiandad. Hungría era ahora la nación más amenazada por la amenaza turca que parecía no detenerse y que enfilaba sus garras hacia el centro de Europa. Por lo tanto esta decisión de Segismundo era la única posible ante semejante peligro. Incluso Manuel, luego de un expreso pedido de ayuda de Segismundo, logró formar una liga junto con los genoveses de Lesbos y Quíos y los caballeros de Rodas, pero dicha asociación no pudo participar de la cruzada debido a estar prácticamente cercados por fuerzas otomanas, aunque es probable que Manuel haya logrado hacer alcanzar a los cruzados cierta cantidad de dinero para colaborar en la campaña. Era lógico que un emperador como él hiciera todos los esfuerzos posibles para ayudar a quienes venían a liberar a los Balcanes del yugo otomano.

El 25 de setiembre de 1396, apenas cinco años después de la coronación de Manuel, ocurre la desastrosa batalla de Nicópolis, donde un gran ejército de cruzados, formado por setenta mil húngaros, diez mil francos, siete mil germanos, y diez mil valacos al mando de Segismundo de Hungría es derrotado por los otomanos de Bayaceto. La notable infantería otomana fue mucho más fuerte que los brillantes caballeros de Segismundo, los que habían tratado de sostener su empuje temerario en vano a pesar de que el líder no estaba de acuerdo con ello. El mundo en los Balcanes

se convulsionó, y el gran ganador, Bayaceto, terminó proyectándose como el futuro destructor de Bizancio.

Bayaceto comenzó entonces una feroz campaña para destruir a Bizancio, y su primer paso fue apoderarse de Selymbria y ordenar a sus tropas la invasión del Peloponeso. El 21 de junio de 1397 los otomanos derrotan al ejército del déspota Teodoro I de Mistra, hermano de Manuel, en Leontarion. Sin embargo, luego de tomar muchos prisioneros, los turcos se vuelven a Tesalia. También, en medio de esta campaña, fue tomada la ciudad de Argos a los venecianos.

Venecia era en ese momento el enemigo más notable que tenía el imperio bizantino. Con su política de envidias y de debilitar a todos por igual para sacar partido, trataba por todos los medios de evitar que Manuel II pudiese entrar en negociación alguna con Bayaceto. Con su poder negociador logró que la ira del sultán no se aplacara y eso sumió al emperador en una especie de desesperación en un momento muy grave donde no encontraba ningún consuelo, ni la ayuda de nadie. Por eso se decidió a despachar como embajador a Venecia, varios estados italianos y París a su tío Teodoro Cantacuceno.

La desesperación por la situación del imperio iba en aumento constantemente, pero la disputa por el trono no bajaba su tono: Juan VII Paleólogo, sobrino de Manuel e hijo de Andrónico IV, siempre disputó el trono al nuevo emperador, y en su locura llegó a ofrecer sus derechos al rey de Francia por una renta y un castillo, en agosto de 1397. Manuel jamás cedió ante estas pretensiones ni ante la posibilidad de canjear un destino duro, difícil y casi imposible por una cómoda vida en el extranjero.

Ese mismo año Bayaceto hace construir un enorme castillo a orillas del Bósforo, en su costa asiática. Como única respuesta posible Manuel envió embajadas con cartas a los reyes de Francia, Inglaterra, Aragón, Moscovia, Polonia y Kiev. Incluso envió una embajada al Papa. Todas las respuestas fueron de buenos deseos y nada más.

Al príncipe de Moscovia, Basilio I, Manuel le envió una embajada solicitando dinero para poder sostener la precaria situación bizantina, a lo cual Basilio respondió con cierta suma que no se ha conocido pero que sí fue recibida con un gran agradecimiento. Se sabe que dicha embajada no le solicitó tropas al príncipe.

En cuanto al pedido de tropas, cayó bastante mal o al menos fue recibido con asombro por los cronistas en algunos círculos occidentales que se sorprendieron al recoger por primera vez en la historia un pedido de ayuda de esta naturaleza por parte de un soberano tan lejano. Al menos Carlos VI, rey de Francia, quien ya había recibido con extrañeza a Teodoro Cantacuceno, hizo llegar al emperador una pequeña fuerza de entre 1.200 y 2.000 hombres al mando del excelente mariscal Boucicaut, que ya conocía Constantinopla por un viaje efectuado en su juventud. Asimismo hizo llegar 12.000 francos de oro para su gasto en acciones militares y algunas galeras que ayudarían en la lucha. Boucicaut era un héroe de la batalla de Nicópolis, donde cayó prisionero de Bayaceto, logrando escapar por milagro.

La llegada de este pequeño ejército revitalizó a Manuel, que junto con Boucicaut efectuó varias recorridas por todo el litoral asiático del Mar de Mármara y por las costas del Mar Negro, asolando dichas regiones e imponiendo respeto por todos los territorios que circundaban la capital, expulsando a los otomanos de allí. Su campaña terminó con el asalto y destrucción completa del castillo de Riva, el cual defendía la entrada al Mar Negro. Con esta campaña el emperador rompió el bloqueo que Bayaceto había impuesto a la Ciudad. A pesar de ello, no era suficiente para asegurar los territorios circundantes, con lo cual se imponía tomar una grave decisión al respecto.

El viaje de Manuel a Occidente (1399-1403).

“El rey (de Inglaterra) nos procura un socorro en soldados, arqueros, dinero y naves que desembarcarán al ejército donde se lo pidamos.”

*Manuel Paleólogo.
Carta desde Londres.*

Uno de los hechos más sobresalientes de su época fue el famoso viaje por occidente, que realizó a sus cuarenta y nueve años. El mariscal Marshall Boucicaut, de nombre real Jean le Meingre, realizó la fundamental gestión de conciliar a Manuel con su odiado sobrino Juan VII. Manuel realizó un viaje a Selymbria, donde luego de una reunión con su sobrino lo pudo convencer para quedarse a cargo de la Ciudad y serle fiel mientras él realizaba el viaje.

Manuel partió junto con su mujer y sus hijos y todo su séquito, unas cuarenta personas, el 10 de Diciembre de 1399. Boucicaut estaba convencido de que el rey de Francia escucharía a Manuel y daría mucho más ayuda de la que había dado hasta el momento.

En Constantinopla se quedó como regente su sobrino Juan VII, de acuerdo a lo pactado, pero a su vez permanecía Jean de Chateumorand, delegado de Boucicaut, con trescientos soldados franceses leales a Manuel, y con el cargo de Capitán por el rey de Francia en la Ciudad de Constantinopla. Chateamorand organizó la defensa de la Ciudad y se las arregló para sostenerla ante cualquier ataque y para mantener la moral de la gente bien alta.

La comitiva de Manuel se dirigió primero a Modón, el entonces puerto veneciano en el Peloponeso, aunque la familia del emperador pasó unos días en Monemvasiá, y luego todos embarcaron para Venecia, llegando a la Serenísima en abril de 1400, según afirman algunos historiadores, aunque no hay un acuerdo general en esa fecha. A su llegada a la ciudad Manuel fue recibido en forma magnífica y colmado de regalos. Mientras el emperador permaneció un tiempo con su familia y comitiva en la República, Boucicaut partió raudamente a Francia, donde preparó el camino para una recepción adecuada y para la entrevista del emperador con el rey de Francia, Carlos VI.



Iglesia de Santa Sofía en Monemvasiá

En Venecia Manuel sabía que no iba a poder conseguir grandes logros, porque al ser una república eminentemente comercial, veía el mundo de otra manera. Por ejemplo, sabía que la Serenísima había firmado pactos con los otomanos, incluso con Bayaceto, por lo tanto no iba a poder comprometerse militarmente con Bizancio mientras el imperio fuera enemigo de los turcos. Además Manuel sabía el doble juego que solían hacer los astutos venecianos.

En Italia parece haberse incluso entrevistado con el Papa, pero muchos historiadores indican que no existen pruebas suficientes de dicho encuentro.

Cuando recibió el aviso del mariscal, Manuel junto a la comitiva entera emprendió el camino a París, pasando por Padua, Vicenza, Pavía y Florencia. Desde Florencia se dirige a Milán, hospedándose en el palacio de Juan Galeano Visconti.

En Milán se encuentra con su amigo personal Manuel Crisoloras, que estaba en Italia.

La comitiva entera llega a París el 3 de junio de 1400. Manuel estaba a punto de cumplir cincuenta años. En la capital de Francia tuvo una excelente recepción por parte de Carlos VI, quien le prometió gran cantidad de cosas. Se pusieron a su disposición varias habitaciones ricamente ornamentadas en el Palacio del Louvre.

Un francés que lo conoció personalmente en esa ocasión describe a Manuel de esta forma: “...*de estatura mediana, de contextura recia, de larga barba ya canosa.*” En general Manuel siempre inspiraba admiración y respeto, dando a sus interlocutores la impresión de estar frente a un auténtico príncipe, y consiguiendo el aprecio de todos.

Manuel llegaba a Francia en un momento de paz en medio de la luego denominada guerra de los cien años, pero esa calma podía romperse en cualquier momento. Por eso había mucha tensión en los magnates y cortesanos locales, y para colmo de males el rey Carlos sufría reiterados ataques de locura, los cuales en esa época se estaban intensificando en cantidad y duración. A pesar de ello recogió muchas promesas durante su estancia, pero no podía estar seguro de que se concretaran por la especial situación que se vivía en el reino.

Estando en París se contactó con los reyes de Navarra, Carlos III, de Castilla, Enrique III y de Aragón, Martín I, despachándoles cartas por intermedio de su embajador Alejo Branás. También despachó una embajada a Enrique IV de Inglaterra. Con las cartas enviadas a los reyes mandaba también reliquias, trozos de la túnica de Cristo y fragmentos de la esponja de la Pasión.

Mientras tanto, el 27 de mayo de 1400, el Papa Bonifacio IX emitió una encíclica que exhortaba a todos los fieles a tomar la cruz en defensa de los cristianos de Constantinopla, o en su defecto a colaborar con dinero para el mantenimiento de su defensa.

Luego de más de cuatro meses de estancia en París, donde a pesar de la tensión política existente todo fue fiesta, recepciones, banquetes y salidas de cacería, Manuel partió hacia Caláis, adonde llegó en setiembre. Pasó allí un tiempo mientras en Inglaterra se preparaban para recibirle.

En Diciembre embarca hacia Inglaterra, se dirige hacia Canterbury donde pasa unos días y finalmente llega a Londres, donde se entrevista con Enrique IV y surge una natural simpatía entre los monarcas. La posición de Enrique al frente de su reino era en ese momento muy inestable, ya que muchos lo consideraban un usurpador, puesto que como duque de Lancaster había terminado con la dinastía de los Plantagenet en Inglaterra e inaugurado una nueva época pero muy inestable por el momento. Por ello no extraña que viera con buenos ojos al emperador, ya que recibéndolo

con suma gala conseguía aumentar su prestigio y consideración social. El día de navidad invitó a Manuel a un espléndido banquete en su palacio de Eltham.

De Enrique IV obtuvo cierta cifra de dinero (entre 2.000 y 4.000 libras) que le habían sido prometidas por su antecesor, Ricardo II. Asimismo el rey inglés prometió soldados y ayuda militar a Bizancio.

Ya en Febrero de 1401 Manuel vuelve a París, donde se instala por un buen tiempo y prosigue las conversaciones epistolares con el rey de Aragón y también al rey de Portugal, Juan I, así como con el Papa de Avignón, el Antipapa Benedicto XIII o papa Luna (1394-1423) Martín I de Aragón llegó a prometerle seis galeras armadas, para sumarse a las fuerzas que el rey de Francia también le había propuesto. Sin embargo, cuando fue avisado por una carta del rey de Francia entregada por Branás de que debía preparar sus galeras para alistarse con las galeras francesas, Martín I adujo que no se le avisó con tiempo, y ante su sorpresa por el tardío aviso, se excusó de enviarlas.

En junio de 1401 Manuel entró en contacto epistolar con el Papa Bonifacio IX (1389-1404), a quien envió también una carta y un fragmento de la túnica de Cristo. Seguramente escribió agradecido por la encíclica promulgada por este Papa, aunque no se hayan visto resultados prominentes.

Su imagen y su carácter e inteligencia personal dejaron una gran impresión en todos los lugares que visitó, siendo muy bien atendido y respetado por sus pares occidentales, despertando vibrantes sentimientos a favor de su causa. Sin embargo, no pudo convencer a los reyes occidentales de la gravedad real de la situación, y muchas de las promesas efectuadas no fueron cumplidas.

A pesar de una agenda cargada de viajes y entrevistas, Manuel pudo dedicar tiempo a escribir tratados teológicos, descripciones de sus visitas, y muchas cartas a sus amigos en Bizancio.

En setiembre de 1402, estando todavía en París, le llegó de la mano de Jean de Chateumorand, el subalterno de Boucicaut que había quedado en Constantinopla, la excelente noticia de la aplastante derrota del sultán Bayaceto propiciada por los mongoles de Tamerlán en Ankara, el 28 de julio pasado, con lo que su Imperio ahora podría tener algún motivo de esperanza.

Tamerlán había sido provocado por Bayaceto al exigir éste el vasallaje de algunos estados que respondían al líder mongol. Este respondió invadiendo los territorios otomanos del Asia Menor desde 1.400. Derrotó a los emires mamelucos de Siria y luego se dirigió al norte a encontrarse con su soberbio rival.

El combate se realizó al noreste de Ankara, en Tchibukabad. Una contingente de galeras y soldados de Trebizonda fue enviado por el emperador de ese estado cristiano Manuel III para luchar contra los turcos a favor de Tamerlán. También Juan VII habría colaborado con tropas desde Constantinopla, obligándose a pagar el tributo de los turcos a Tamerlán de allí en más en un tratado firmado el 15 de mayo de 1402.

Bayaceto cometió un monumental error en la batalla, que fue colocar la caballería tártara delante de su ejército. Era muy conocido el poco entusiasmo que los tártaros tenían en luchar contra sus propios hermanos mongoles. También era conocido el carácter de Bayaceto, que gustaba de humillar a todos los que despreciaba, y lo más probable es que haya hecho esto para obligar a los tártaros a matarse con sus hermanos, o tal vez para ver si los mongoles se compadecían de sus hermanos los tártaros. Así fue como los jinetes tártaros desertaron y se pasaron al enemigo.

Más de quince mil turcos murieron en la batalla. Varios de los herederos turcos murieron o fueron capturados. Bayaceto, que luchó valientemente todo un día al frente de los jenízaros huía cuando su caballo se negó a seguir por agotamiento y fue capturado.

Tamerlán lo sometió a terribles humillaciones (se ha dicho en diversos escritos de ese período que la esposa del sultán debía servir desnuda la mesa del líder mongol), recibiendo Bayaceto con creces el pago por sus caprichos y las degradaciones hechas durante su vida a los demás. Estas ofensas se potenciaban en sus efectos por ser el sultán un hombre orgulloso y de mal carácter. Bayaceto murió en el mayor de los olvidos, a los ocho meses de cautiverio a causa de un ataque de apoplejía. Ya no podía soportar esa patética vida que él mismo daba a sus vencidos.

El Asia Menor otomana quedó destrozada, incluso la capital, Brusa fue destruida. Parecía que nuevos aires llegaban a Bizancio, con la muerte de quien trataba a sus súbditos con arrogancia y desprecio.

En octubre ya los venecianos le enviaron una carta al emperador donde hablaban de enfrentar juntos a los otomanos, aprovechando su derrota con los mongoles. Volvían con esto a hacer gala de su doble juego de alianzas.

Mientras tanto, en noviembre, Manuel todavía tuvo tiempo de enviar una carta a la reina Margarita de Escandinavia, por intermedio de un embajador, solicitando ayuda para defenderse de los turcos.

Antes de salir de Francia donó al monasterio de Saint Denis un manuscrito iluminado de las obras de Dionisio Areopagita. Lo más interesante de esta donación es que en una de las iluminaciones figuraban retratados Manuel, su esposa y tres de sus hijos. Ese manuscrito todavía se conserva en el Museo del Louvre.

Manuel sale de París en ese mismo mes de noviembre y es recibido en enero de 1403 en Génova, donde es acogido por su amigo Boucicaut, que en ese momento era el gobernador francés en la Ciudad. Los venecianos vieron con muy malos ojos este encuentro y esta amistad con sus enemigos principales, pero cuando les tocó recibieron en gran forma al emperador, queriendo ganar su favor y poniendo el Senado a su disposición tres galeras transportaron a las cuarenta personas de la comitiva hacia Modón, hacia donde salen el 5 de abril y donde se instalan hasta mayo. Finalmente viajan hacia Gallípoli, donde Juan VII sale a recibirlo y luego continúan juntos hacia Constantinopla, adonde llegan el 9 de junio de 1403.

Fueron tres años y medio de ausencia, durante los cuales su sobrino Juan VII no se había destacado al frente de la administración bizantina, comportándose como un simple vasallo del sultán. Sin embargo, su ayuda a Tamerlán y el tratado firmado había sido un hecho afortunado.

Apenas llegado a la Ciudad, Manuel decidió suprimir los tribunales turcos en ella, clausuró y destruyó las mezquitas que los otomanos le habían obligado a dejar levantar, abolió todos sus derechos comerciales y por supuesto separó del trono a Juan VII, volviendo a su lugar como cabeza de la cristiandad ortodoxa y del imperio bizantino.



Iluminación de Manuel II y familia en el manuscrito de Dionisio Areopagita

Manuel era una persona especial, que sabía lo difícil que se presentaba el futuro y aceptaba la realidad con una resignación que no desestimaba la acción y el tomar las medidas que fueran necesarias para rehabilitar en la medida de lo posible al imperio caído.

El viaje de Manuel a occidente había sido una decepción en cuanto a que las promesas de ayuda de los distintos gobernantes no fueron cumplidas en su mayoría. Sin embargo, constituyó un verdadero acontecimiento político en el ámbito de las relaciones entre oriente y occidente europeo al final de la edad media, con todo lo que ello significa, justo antes de comenzar el renacimiento de occidente y el nuevo status de oriente bajo la dominación otomana, que trajo sus propias características a la región.

Relación con el reino de Aragón.

Luego de su viaje a tierras occidentales, Manuel nunca dejó de considerar que la amistosa relación epistolar que había tenido con el reino de Aragón, y personalmente con su rey Martín I, le podía brindar cierta ayuda para poder hacer efectiva su política en el imperio y sus alrededores. Su permanente contacto postal con los reyes de Aragón durante el resto de su vida y sus continuas alusiones a la esperanza de contar con su ayuda, sus embajadas, todo nos hace pensar que el emperador siempre los tuvo en cuenta, aunque en realidad los resultados no pasaron de una simple expresión de deseos y de saludos amistosos.

Manuel escribió una carta a Martín I el 23 de Octubre de 1407, y envió a Manuel Crisoloras a entregarla personalmente. Este partió ese mismo octubre y llegó a Venecia en diciembre y a Génova en abril de 1408. Llegó a Barcelona luego de dos años de viaje, entregó la carta a Martín I junto con las preciosas reliquias que el rey le ha solicitado y se dedica a la tarea diplomática. El 7 de abril de

1410 obtiene un salvoconducto para regresar a Constantinopla con sus bienes. Martín I muere en mayo de ese año, no sabemos si antes o después de que Crisoloras abandonara la ciudad de Barcelona.

El emperador escribió una nueva carta al sucesor de Martín I de Aragón, Fernando I (1410-1416) desde Tesalónica, el 28 de noviembre de 1414, deseando amistad entre bizantinos y aragoneses, diciendo que había sentido una gran alegría al enterarse de que Fernando dispondría de una fuerza naval para ayudar a su hijo Teodoro, déspota de la Morea.

El intercambio epistolar fue permanente, aunque Bizancio en esos momentos, especialmente a partir de 1411, se vió envuelto en la guerra civil de la sucesión al trono de los otomanos, y en 1413 la llegada al trono de Mahomet I con ayuda de Manuel aseguró una coexistencia pacífica entre los turcos y bizantinos. Por eso el tono de las cartas parece ser de mera amistad, sin considerar volver a pedir ayuda, como en tiempos de Bayaceto.

Luego también se conocen cartas enviadas por el emperador a Alfonso el Magnánimo (1416-1458) cuando Manuel destacó como embajador, a fines de 1419, a Paulo Sofiano, el cual se quejó ante el rey de Aragón sobre la actuación de corsarios catalanes en sus tierras. Esta queja puede interpretarse como el final de las relaciones amistosas, al menos en el sentimiento del emperador, colmado de decepción por no haberse llegado a concretar la ayuda esperada.



Moneda de la época de Manuel II

Manuel interviene en las luchas de sucesión otomanas.

Luego de la muerte de Bayaceto, su hijo mayor Solimán, que dominaba en la parte europea del naciente imperio otomano, trató de quedarse con el trono aunque las leyes turcas no daban derechos especiales al primogénito, con lo cual se vio envuelto en una verdadera guerra de sucesión donde competía con otros tres hermanos. Por eso a partir de 1403 firmó varios tratados con las distintas potencias que todavía hacían de los Balcanes un lugar inestable, o sea con Venecia, Génova, Rodas, Serbia y Bizancio, y fue muy benévolo en las condiciones, tratando de lograr acuerdos que lo favorecieran y le dieran buenos aliados en el futuro. En cuanto al imperio, ya no se consideraba vasallo del sultán y no debía pagar ningún tipo de tributo. Incluso Solimán consideraba al emperador como su señor, devolvió Tesalónica con sus territorios circundantes, varias islas del Mar Egeo y la costa del Mar Negro hasta Varna. Asimismo el nuevo sultán liberó a cientos de prisioneros que volvieron a la Ciudad.

De repente el imperio veía ampliados sus dominios, cancelados sus compromisos de pagar tributo y disfrutaba de una paz inesperada. Parecía que se había producido un milagro, y sin embargo seguían siendo dependientes de los acontecimientos políticos ocurridos entre los otomanos, ya que cada cambio allí ocurrido podía significar la vida o la muerte para Bizancio. Por este motivo Manuel se mantuvo siempre alerta a esos cambios, tratando de influir en lo posible para que los otomanos tuvieran gobernantes que prefirieran vivir en paz y disfrutando de sus nuevos bienes antes que la gloria de destruir al imperio. Entonces mientras Solimán gobernó desde Adrianópolis Manuel estuvo seguro pero atento, tratando de vivir de la mejor manera su tiempo y atendiendo a un futuro imprevisible en muchos de sus aspectos.

De todas maneras el esfuerzo de Manuel estaba siempre dirigido a poder sacarse de encima al vecino infiel, a pesar de todas las políticas de paz que pondría en práctica. Es sabido por ejemplo que en enero de 1407 hizo contacto con Venecia para tratar de obtener ayuda, pero los venecianos, fieles a su política de no comprometerse con nadie en especial, solo dilataron las tratativas, que como siempre no llegaron a ninguna parte. De igual modo sucedió con los pedidos de Segismundo de Hungría en 1408 y de Esteban Lazarevich dos años antes. Venecia no era una potencia de la que se pudiera fiar, y solo vendía sus servicios en forma muy cara y a los que más beneficios le podrían dar, independientemente de su religión y creencias.

Varios años después, luego de una cruenta guerra civil el hermano de Solimán, Musa, que había formado un ejército y que tenía las mismas ansias de poder y el mismo carácter cambiante y cruel que su padre Bayaceto, conquista Adrianópolis a sangre y fuego a comienzos de 1411. Musa hace estrangular a Solimán. Allí comienza una venganza sangrienta contra los bizantinos que apoyaban a Solimán, e inmediatamente sitia Constantinopla en agosto, sin resultado alguno. Luego intenta tomar Selymbria y finalmente Tesalónica con el mismo resultado negativo.

Manuel, con buena visión de la política de los otomanos, envió en secreto una embajada al otro hermano de Musa, Mahomet, que se hallaba en Brusa. Con la embajada enviaba naves para colaborar con él en contra de Musa. El déspota serbio, Esteban Lazarevich, se unió a esta política de Manuel, y juntos lograron que Mahomet venciera al inquieto Musa en Camurlu, Serbia, el 5 de julio de 1413. Mahomet hace estrangular a Musa inmediatamente.

Así Manuel consiguió con su participación en la sucesión otomana ocho años de paz y tranquilidad que aseguró Mahomet I en agradecimiento a la ayuda prestada. Para Mahomet lo más importante de su política interna fue consolidar sus dominios en Asia menor, quedando los Balcanes tal como estaban, y en paz.

Manuel volvía así a obtener un triunfo digno de la ancestral política bizantina, y a demostrar que el imperio aún podía herir y transformarse en árbitro de los asuntos internacionales que le concernían. Tan importante fue su triunfo que se puede evidenciar en las palabras de agradecimiento del nuevo sultán Mahomet: *“Ve y dile a mi padre, emperador de los romanos, que a partir de este día soy y seré su súbdito, como un hijo de su padre. No tiene más que ordenarme que haga lo que quiera y con el mayor de los placeres ejecutaré sus órdenes como siervo suyo”*

Mahomet volvió las relaciones de los otomanos con los bizantinos al punto en que se encontraban durante el sultanato de Solimán. Bizancio tenía una esperanza.

Hubo entonces un hecho muy interesante, y fue el levantamiento de un hijo de Bayaceto al que todos dieron por muerto en la batalla de Ankara: Mustafá soliviantó a todo un ejército contra Mahomet, apoyado ostensiblemente por Manuel y Mircea, un príncipe rumano. No obstante pronto Mustafá fue derrotado por el sultán, pero escapó ayudado por los venecianos, que entonces tenían la costumbre de meterse en todos los asuntos, y terminó en Tesalónica, donde estaba el hijo de Manuel, Andrónico, que le dio protección.



Iglesia de la Virgen en la isla de Lemnos. Del siglo XIV.

Mahomet se ofendió pero Manuel, haciendo gala de toda su diplomacia y sabiduría, condenó a Mustafá a pasar el resto de su vida en la isla de Lemnos. Ahora Manuel tenía un supuesto candidato a sultán en sus manos para utilizarlo cuando fuera conveniente. Si bien esto no le llegó a caer muy bien a Mahomet, no tuvo más remedio que aceptarlo. Sin embargo, Mircea fue abandonado a su suerte por Manuel, y perdió la Dobrudja en manos del sultán, que le construyó fortalezas en su territorio al norte del Danubio y lo sometió a tributo. Mahomet conseguía ampliar su poder y establecerse más firmemente en los Balcanes día a día.

Otra anécdota curiosa de la misma época y protagonizada también por los dos gobernantes, que nos cuenta Sfranzes: en una ocasión, cuando Mahomet había pedido permiso para pasar con su barco por las cercanías de Constantinopla, Manuel aprovechó la ocasión para dar un paseo en su propio barco imperial y lo hizo colocar paralelo a la nave otomana. Así de cerca los dos soberanos charlaron amablemente durante unos minutos. Una vez en la ribera de Asia, el sultán instaló sus tiendas, pero Manuel no se fue, sino que siguió en su nave para disfrutar de una comida e intercambiar los platos más exquisitos con los de su par otomano. Así eran las relaciones de estos dos grandes hombres.

¿Política acertada?

Esta política de Manuel es muy criticada por algunos historiadores (P. Ej. Louis Bréhier) por considerar que el emperador desaprovechó una gran oportunidad de destruir de una buena vez el poderío otomano. No le faltan razones, ya que Bayaceto al morir con su ejército casi entero dejó en estado lamentable un país que todavía no se había consolidado. El hecho es que los otomanos eran en Europa un conjunto de estados vasallos sin una especial organización central, salvo la figura del sultán, y toda la administración dependía de la fuerza que éste tuviera, y en Asia estaban destruidos casi totalmente. Por lo tanto, esta ayuda a Mahomet para consolidar su poder, la prestación de barcos para que el ejército del futuro sultán cruce su ejército a Europa a luchar contra Musa, y la vida en paz durante esos años, parecen haber sido un empuje bizantino hacia la recuperación del imperio otomano. Además esta nación con Mahomet se consolidó como estado y logró homogeneizar muchas zonas leales en Europa, y luego de una larga campaña pudo someter a toda Asia Menor, incluida la Karamania, tan esquiva al poder otomano. O sea que Mahomet logró lo que Bayaceto no pudo conseguir en vida.

Esto podría ser tomado como un error de Manuel si Bizancio y los príncipes serbios hubieran podido tener fuerzas suficientes para derrotar a los sultanes. Sin embargo, la necesidad de paz era tan grande en Bizancio y el resto de los Balcanes cristianos como en el sultanato. Incluso es posible establecer con cierto grado de certeza que la necesidad de una conciliación era mucho mayor en el imperio bizantino que en sus rivales.

En definitiva, Mahomet se benefició de la ayuda y de la tranquilidad que le ofrecieron Manuel y los príncipes cristianos para consolidar un estado que Bayaceto ni siquiera soñaba, pero también Bizancio necesitaba ese tiempo de concordia y amistad para organizar sus territorios, y su emperador lo aprovechó para organizar especialmente el despotado de Mistra, desde donde se jugaron las últimas cartas para obtener nuevamente la gloria del imperio, esta vez bajo el aura del helenismo.

En todo caso esta política fue la única posible en su tiempo, y fue mucho mejor que el temible doblez de los venecianos, siempre dispuestos a vender a cualquiera si el precio que el otro ofrecía era mejor, incluso si el que se beneficiaba era el turco otomano.

Seguramente Venecia y sus rivales, Hungría y Génova, fueron mucho más culpables de que la situación no fuera aprovechada por la cristiandad que las políticas de paz de Manuel y los príncipes serbios, e incluso mucho más dañinas que la indiferencia del resto de occidente.

Un hecho puntualiza la verdad sobre quiénes tienen la culpa real de que los otomanos se recuperaran de la derrota de 1402: el 29 de mayo de 1416 las escuadras veneciana y otomana se encontraron frente a frente cerca del puerto de Gallípoli. El almirante Loredan destruyó por completo a la flota turca. La victoria dio paso a la firma de un tratado de paz entre Mahomet y Venecia que benefició a esta última y dejó absolutamente solos a los demás estados cristianos de los Balcanes. Sin dudas la política veneciana fue de muy pobres objetivos, muy egoísta y de poca mira, logrando beneficiar al turco mucho más que la paz que Manuel había conseguido con Mahomet.

El emperador protege a Mistra como a una joya.

Mientras la antaño gran ciudad de Constantinopla no dejaba de marchitarse, castigada su propia decadencia por el dominio económico de las repúblicas italianas, el bloqueo de los otomanos y el olvido de occidente, al sur del istmo de Corinto, en el Peloponeso renacía toda su cultura, con hombres valientes y recios conducidos en principio por el segundo hijo de Juan Cantacuceno, Manuel, desde 1349. Luego de unos años con Mateo Cantacuceno como Déspota, y después de cierta lucha con Demetrio Cantacuceno, Teodoro, hermano de Manuel, fue el primer Paleólogo en convertirse en su gobernante en 1384.

Teodoro tuvo que luchar contra la Compañía Navarra, que tenía grandes intereses en la región y contra los turcos, que devastaron la región en 1394. Reconstruyó el Hexamilion en 1395, pero los otomanos volvieron a traspasarlo en 1397, causando estragos en la región.

Los caballeros de Rodas con su desmedida ambición causaron también enorme daño presionando a Teodoro a que les vendiera varias ciudades, incluida Mistra, hasta que la oportuna intervención del emperador Manuel logró hacer que se alejaran del Peloponeso, previa devolución del dinero invertido por los caballeros, intereses e indemnización incluidos.

Teodoro muere en 1407, habiendo dejado un tiempo antes el despotado voluntariamente convirtiéndose en el monje Teodoreto, por la desazón y la tristeza que lo embargaban dada la tremenda situación que allí se vivía diariamente, y Manuel le dedica un emotivo discurso fúnebre donde se refleja el gran amor que sentía por su hermano.

Manuel sabía que ese territorio era la única posibilidad del imperio de seguir siendo una nación viva, por su creciente cultura y elegancia típicamente bizantinas, con hermosas iglesias levantadas por las familias locales. Estas familias sin embargo continuaban siendo un grave problema para los emperadores y los déspotas, por la tendencia que tenían a considerarse autónomas en sus territorios en materia política. Por esta razón destaca a su segundo hijo, Teodoro, de doce años como nuevo déspota. El imperio conseguía así seguir en manos de la familia imperial, con la seguridad que eso implicaba, al menos de momento. Su regente hasta la mayoría de edad fue Manuel Francópulo, miembro de una de las familias más fieles al emperador. El soberano en persona fue a Mistra para asegurarse de que todo estuviera de acuerdo a sus órdenes con el joven déspota.

Ese mismo año muere Juan VII, que se encontraba como gobernador en Tesalónica, sin dejar herederos. Manuel instala como nuevo regente a su hijo Andrónico, de solo ocho años. La idea de gobernar en Constantinopla, Tesalónica y Mistra e ir luego uniendo los pedazos del imperio rondaba la cabeza de Manuel en esos años, una idea que conseguía de momento colocando a sus pequeños hijos en cada capital.

En esos años aparece la figura de Pletón en Mistra con toda su fuerza, con lo cual muchos intelectuales del imperio y de occidente emprenden su viaje a esa ciudad del Peloponeso para poder debatir los conocimientos del filósofo bizantino. Se forma entonces una verdadera corte cultural en Mistra que destaca por ser el centro del nuevo helenismo. El imperio no está muerto ni mucho menos, y desde Mistra demuestra que todavía sigue irradiando una luz de esperanza, guiado en el gobierno por los hijos de Manuel y en el pensamiento por Pletón. Pletón quería transformar el Peloponeso en el punto de partida para la renovación del imperio bizantino convertido en un imperio helénico, con la vuelta a los dioses de antaño y a las formas de gobierno que predicaba el filósofo Platón.

Pletón estaba convencido de que su proyecto era perfectamente practicable, y la base de dicho proyecto era lo que el filósofo afirmaba sobre los habitantes del Peloponeso, los que, según decía, eran los descendientes más puros de los griegos de antaño.

A pesar de ello, existe un trabajo de su contemporáneo Mazaris (Viaje de Mazaris al Infierno), en el que trata a los pobladores de la Morea bizantina de forma bastante despectiva, y donde se alega que los pobladores del Peloponeso se dividían en siete distintas nacionalidades: griegos peloponesios, griegos lacedemonios, latinos o italianos, eslavos, albaneses, gitanos y judíos. Es esta la verdadera conformación de la población del despotado de Mistra a finales de la edad media, lo cual daba un resultado muy diferente de lo que afirmaba el filósofo bizantino.

A pesar de que el deseo de Pletón quedó plasmado solamente en dos cartas, en realidad verdaderas demandas, una dirigida a Manuel y otra al déspota Teodoro y en unos pocos restos de su obra escrita, la cual fue quemada en los años siguientes, su obra no deja de ser un importante paso que daba filosóficamente el imperio hacia el helenismo puro, una dirección que bien pudo haber sido el futuro de Bizancio si éste hubiese subsistido.

Con todo, la Morea estaba inmersa en un clima que parecía haber hecho involucionar las costumbres. Entre las múltiples peleas de los arcontes, gente de la aristocracia local que a veces no reconocía ningún mandato superior, y las prácticas bárbaras de gente que vivía en forma casi salvaje (se conoce por ejemplo la costumbre del mascalismo, o sea mutilar los cadáveres de los enemigos vencidos) especialmente luego de la inmigración de muchos campesinos rudos de lugares apartados de los Balcanes. Sabemos que Manuel tomó medidas para luchar contra estos hábitos bárbaros que transformaban al país en un reino aislado de la gente, y por ejemplo prohibió el mascalismo expresamente con un crisóbulo.

El viaje al Peloponeso (1413-1416)

“Muchas comarcas salvajes que solo servían de guarida a los bandidos están siendo roturadas y, en manos de agricultores expertos, diversamente plantadas y sembradas.”

Manuel II Paleólogo, en referencia al despotado de Mistra.

Manuel estaba seguro de que las intenciones de Mahomet I eran asegurar la estabilidad política en Asia Menor, territorio que en ese entonces estaba bastante convulsionado, por lo tanto dispuso de un respiro y se permitió realizar otro viaje importante, en 1413, hacia Tesalónica, donde se quedó durante más de un año, ejerciendo su autoridad desde la segunda capital del imperio.

Luego siguió viaje en marzo de 1415 hasta la Morea bizantina, un lugar que continuaba demostrando que las artes y las letras no habían muerto en el imperio, por el contrario, se hallaban en un auténtico apogeo, gracias a la acción de ciudadanos como el ya mencionado Gemisto Pletón, un intelectual soñador que deseaba el renacimiento de un Estado helénico en el Peloponeso.

Manuel desembarca cerca de Corinto el 13 de marzo, hacia donde se dirigió el príncipe latino de Acaya, Centurione Zaccarìa, para rendir homenaje al emperador.

Manuel mandó volver a reconstruir el Hexamilion para que protegiera el despotado de la Morea, su más preciada posesión, del avance turco. Esta muralla recorría todo el istmo de Corinto, y con esa

iniciativa señalaba que el imperio no estaba aún muerto, sino que seguía buscando un espacio para poder volver a desarrollarse.

El emperador fue lo suficientemente inteligente como para comprender que una buena parte del futuro bizantino se jugaba desde este precioso lugar, donde había poderosos señores que siempre estaban desafiando la autoridad imperial, por su natural propensión a la independencia y autonomía. Su estadía en el Peloponeso vino a jugar un papel políticamente muy importante, reafirmando la autoridad de su cargo sobre todos sus territorios, y dando fuerzas para seguir en la restauración del imperio. Un ejemplo de ello se produjo justamente durante la reconstrucción de la muralla, el famoso Hexamilion. La nobleza griega del Peloponeso tuvo que solventar los gastos que ello exigía, con lo cual esta orden del emperador no les cayó nada bien y se levantaron en conjunto conformando una rebelión. Manuel volvió a demostrar lo que valía en Calamata, donde logró dominar a los revoltosos e imponerle el debido respeto a su figura. A partir de allí las relaciones entre el emperador y la nobleza del Peloponeso fueron si no más fáciles, sí más claras.

El caso más claro de la aspiración de independencia o autonomía de los aristócratas del Peloponeso lo constituía el hecho de que ya no distinguían entre sus posesiones y las tierras que administraban en pronoia. Manuel dejaba la potestad de usufructuar tierras y bienes del estado en manos de los arcontes con la esperanza de ganar su favor, pero éstos tomaban la pronoia como un derecho propio.

A pesar de todos sus esfuerzos, además, el emperador no pudo evitar que una buena parte de la población bizantina se mudara a las colonias venecianas buscando una vida más tranquila, más protección y no tener que trabajar en las tareas de defensa del Peloponeso.

Manuel volvió a Constantinopla en marzo de 1416, pero dejó en la Morea a Juan (el futuro emperador Juan VIII), su heredero, que se hizo cargo del gobierno junto con su hermano menor Teodoro, y comenzaron los preparativos para invadir la Acaya ocupada por los latinos. Las incursiones fueron exitosas, y volvieron a demostrar que los bizantinos unidos podían seguir progresando. Lograron conquistar casi todo el principado de Centurione Zaccaría, y si no fuera por la intervención de Venecia, cuando no, lo hubiesen ocupado todo.

Ese mismo año se desata en las ciudades del imperio una furiosa peste que deja a la población eminentemente reducida, muy en especial en la capital. Como si no hubiera suficientes desgracias en el imperio, esta peste fue de forma evidente muy superior en daños de vidas humanas que las que cada tanto se expandían por la zona.

En 1418 se uniría a Teodoro y Juan su hermano Tomás, para concertar un gobierno de Teodoro pero compartido entre los hermanos y hacer de Mistra un centro de reunión política muy importante para los gobernantes bizantinos.

Sin embargo, la situación económica seguía siendo adversa, aún en Mistra, donde salvo las familias nobles y aristocráticas de cada ciudad bizantina que eran leales al emperador los demás, especialmente la gente del pueblo no pagaba sus impuestos. Era casi imposible recaudar y cuando se trataba de imponer el tributo los campesinos huían, como ya hemos afirmado, hacia tierras venecianas en busca de otro porvenir. Incluso las familias nobles en muchos casos preferían “guardar” su dinero en moneda veneciana, ya que la moneda de los Paleólogos había perdido toda confianza.

Manuel y la Iglesia



El patriarca José (1416-1439)

Los patriarcas de Constantinopla que recorrieron el camino de Bizancio junto con Manuel fueron Antonio IV (primera vez: 1389-90, segunda vez: 1391-97), Macario (segunda vez: 1390-91), Calixto II Xantopulo (1391), Mateo I (1397-1410), Eutimio II (1410-16) y José II (1416-39)

Manuel fue un eximio escritor, y el tema de la teología lo dominaba perfectamente. Por lo tanto pudo mantener buenas relaciones con todos los patriarcas de la época, que eran quienes detentaban de verdad el poder entre los fieles. Como no abogó por la unión de las iglesias (que escondía con ese nombre la sumisión de la iglesia ortodoxa a la romana) obtuvo la confianza de los fieles y el respeto de los patriarcas. A pesar de que su viaje a occidente lo hizo sospechoso a los ojos de los devotos ciudadanos del imperio, éstos terminaron por comprender que el emperador, pensara lo que pensara, jamás los iba a vender al Papado.

Hubo sin embargo un motivo de complicado conflicto, cuando Manuel ordena que los monasterios del Monte Athos le entreguen la mitad de sus riquezas. Sin embargo, no hubo vuelta atrás, y la iglesia entregó la mitad de sus riquezas para contribuir a la lucha. Manuel no hizo sino seguir la costumbre bizantina de tratar de confiscar los bienes de la iglesia cuando ya no podía obtener dinero para su defensa, y los monjes de los monasterios terminaron entendiendo las razones del emperador.

Otra de sus disposiciones, que aunque no concernía a la iglesia ortodoxa sí era una decisión tomada como jefe absoluto de la iglesia oriental, fue enviar una embajada al Concilio de Constanza para exponer una serie de peticiones que pudieron reportar una ayuda del Pontífice elegido, Martín V, para fortificar el Peloponeso restaurando el Hexamilion.

Sabemos que a pesar de todo lo que pasaba en los Balcanes, de la pérdida de territorios por parte del imperio, de la pérdida de prestigio y vitalidad, tanto las naciones cristianas orientales como la gente común seguía considerando al emperador como la cabeza de la iglesia, con todo lo que ello significaba. Pero sin ninguna duda si no hubiera tenido el apoyo de los patriarcas de turno Manuel no habría podido practicar su política bajo ningún concepto. A pesar de que el respeto a la figura del

emperador se mantenía intacto en el pueblo, los guías auténticos eran los patriarcas de la iglesia ortodoxa, quienes tenían el poder real sobre la gente.

En especial conocemos la posición favorable a la unión de las iglesias que profesaba José, el patriarca que une el último periodo de Manuel como emperador con el primero de Juan VIII. Sin dudas Manuel estaba de acuerdo con él, pero José no pudo adelantar ningún gesto hacia la unión mientras Manuel estaba en el mando del imperio. Muy distinta fue la política favorable a la unión que practicó Juan VIII años después.



Manuel, a la derecha, junto a su hijo Juan

El retorno de la beligerancia otomana

Con la muerte de Mahomet I en 1421, el imperio otomano vuelve a su antigua tradición de conquista, esta vez de la mano de su heredero Murad II (1421-1451).

Ese mismo año es coronado coemperador Juan VIII, cuando Manuel ya tiene setenta y un años y se encuentra más cansado y con pocas fuerzas. El emperador, tal vez pensando en los problemas que tuvo para suceder a su padre, designó claramente a su primogénito como sucesor, iniciándolo en las tareas de gobierno y confiando en su capacidad desde un principio. Por eso lo obligó a casarse con Sofía de Montferrat, lo que le daba un parentesco con una de las familias más influyentes de occidente, aunque en realidad este matrimonio forzado fue una gran desilusión. Lo mismo hizo con todos los demás hijos, imponiéndoles casamiento con damas occidentales de buena familia, con la esperanza de poder concertar buenas alianzas en el futuro. Esto no era nada nuevo para una familia imperial, desde que ya lo había hecho la familia Comneno tres siglos antes, aunque sí era imposible hasta el final de la era de la dinastía macedónica.

Juan pretendía que el sucesor de Mahomet fuera nuestro conocido Mustafá, que estaba todavía cautivo en la isla de Lemnos, porque de esa manera se aseguraban que los otomanos siguieran la política de paz y conciliación de su antecesor. Es que Mustafá prometía paz eterna en caso de ser ayudado, y muchas concesiones a los bizantinos.

Manuel no estuvo de acuerdo en utilizar a Mustafá tan temprana e imprudentemente, incluso Murad II llegó a ofrecerle al emperador la ciudad de Gallípoli como muestra de buena voluntad para ser aliado del imperio. A pesar de ello, como Manuel ya estaba muy cansado y en cierta forma retirado de la política en un monasterio de Constantinopla, tuvo que ceder ante la vitalidad de Juan, que pensaba que el plan funcionaría a la perfección, y que una nueva época podría abrirse para el imperio de triunfar Mustafá.

Mustafá fue liberado y de inmediato se autoproclamó sultán en Rumelia, la parte europea dominada por los otomanos, consiguiendo reclutar un ejército de seguidores en forma bastante rápida. Inmediatamente, con la ayuda de Djuneid, sitió Gallípoli, plaza clave para el traspaso de tropas entre Europa y Asia. Los bizantinos que ayudaban a Mustafá quedaron sitiando la ciudad, mientras el rebelde otomano partió hacia Adrianópolis. Murad envió a un ejército contra él pero fue derrotado a fines de 1421. Al enterarse de esta noticia, Gallípoli se rindió ante Mustafá. A pesar de ello, Mustafá ordenó que nadie entrara en Gallípoli, dirigiendo sus fuerzas de inmediato hacia Constantinopla, quizás temiendo una traición de las tropas bizantinas.

En este punto, Manuel quiso volver a negociar con Murad, pero el sultán seguía herido en sus sentimientos y acababa de firmar un tratado con los genoveses, que seguían teniendo importantes intereses en la región y serían un importante aliado de los otomanos, siguiendo la línea de Venecia, perjudicando a todos los demás cristianos de la región.

Mustafá hizo pasar sus tropas a Asia y el 20 de enero de 1422 se encontró frente a frente con el ejército de Murad. Traicionado por Djuneid, que le abandonó poco antes de que comenzara la batalla, Mustafá no tuvo otro recurso que huir, ya que sin su aliado sus tropas estaban muy debilitadas. Murad persiguió a Mustafá hasta Rumelia, y llegó a capturarlo cerca de Adrianópolis, donde lo manda colgar a la vista de todos.

El plan de Juan fue una nueva frustración y lo único que consiguió fue despertar el sentimiento de venganza en Murad, quien en un principio no estaba dispuesto a la guerra, pero ahora consideraba a los bizantinos como enemigos a muerte.

El 8 de Junio de 1422 Murad, previo bloqueo total de Tesalónica (donde se encontraba Andrónico, hijo de Manuel) para aislarla de la Ciudad, instaló a todos sus ejércitos frente a las murallas de la capital, deseoso de tomarla por la fuerza y así obtener una reparación por el insulto que los bizantinos le hicieron apoyando a su rival. Sus soldados hicieron un foso que acompañaba a la muralla de la Ciudad desde el Mármara hasta el Cuerno de Oro. Sus catapultas alcanzaban fácilmente a bombardear más allá de los límites de las murallas.

Con Manuel ya viejo y cansado retirado en el monasterio, Juan VIII estaba encargado de la defensa y trabajó infatigablemente para evitar la entrada del ejército otomano a la Ciudad. Con sus esfuerzos logró evitar una catástrofe.

Suele contarse que un místico turco llamado Seid Bojari le dijo a Murad que el 24 de agosto la Ciudad caería irremediamente. Los habitantes llevaban sufriendo un sitio de 77 días y la caída podía ser posible de acuerdo a todos los cálculos en cualquiera de los días siguientes, pero Murad era supersticioso y estaba seguro de triunfar ese día por lo que había escuchado de boca del hombre santo, el cual decía descender del Profeta. Concentró todos sus esfuerzos e intentó penetrar con todas sus fuerzas en la Ciudad, muchos otomanos lucharon hasta la muerte y otros fueron heridos gravemente, pero no pudieron penetrar sus muros. A cierta hora de la tarde, el pánico invadió a los invasores, que quemaron sus torres y huyeron desesperadamente. Juan había hecho una excelente salida con sus tropas, matando muchos enemigos. Finalmente, solo unos pocos contingentes turcos

quedaron vigilando las murallas de la Ciudad, y al día siguiente el sitio se había levantado definitivamente.

Manuel no había quedado inactivo todavía, aunque sí estaba viejo y agotado, pero jamás dejó de considerarse el emperador de Bizancio, y siempre fue el que movió los hilos de la política otomana. Volvió a actuar con su acostumbrada inteligencia concertando una alianza secreta con el hijo menor de Mahomet, también llamado Mustafá, de trece años, proponiéndole su ayuda para llegar al trono y reemplazar al ahora odioso Murad II. Sin embargo, esta vez no hubo suerte y Mustafá fue derrotado, con lo cual el emperador terminó dándose cuenta de que Murad II conseguía vencer una dificultad tras otra con gran determinación. Tal vez la fortuna ya había pasado al lado del sultán.

Desde 1422 Tesalónica seguía siendo bloqueada por las tropas de Murad II, y el hambre estaba haciendo estragos entre sus pobladores. Andrónico, el hijo de Manuel que gobernaba la ciudad y que vivía allí desde muy pequeño, era todavía muy joven pero estaba mortalmente enfermo y se sentía incapaz de dominar la peligrosa situación que estaban viviendo desde hacía más de un año. Solicitó a Manuel permiso para entregar la ciudad a los venecianos. En ese momento Manuel debió haberse acordado de su propio papel al frente de la ciudad unos años antes, de cómo tuvo que ceder ante la exigencia de los sitiados que no aguantaban más la situación del bloqueo otomano, y de la lección que le dio su padre Juan V encerrándolo en la isla de Lemnos por no obedecerle y causar un daño grave al imperio. Concedió ese deseo a su hijo. También Juan, ahora coemperador, estuvo de acuerdo, habida cuenta de que se veía impedido por todos los medios de ayudar a Andrónico.

La entrega de la ciudad a Venecia se realizó a cambio de seis naves de transporte llenas de alimentos y la promesa de respetar las instituciones políticas y el credo de los ciudadanos. Los venecianos, que no dejaron de dudar antes de aceptar el trato, llegaron a Tesalónica el 14 de setiembre de ese año y se hicieron cargo de la situación.

La ciudad de Tesalónica pasaba a manos de los venecianos en una instancia terrible de su historia: empobrecida, víctima de sucesivas pestes y del éxodo de muchos de sus habitantes, probablemente no tendría en ese momento más de 40.000 ciudadanos.

Andrónico se retiró a Mistra, a pasar los últimos meses de su vida junto a sus queridos hermanos. Si hubo algo que logró Manuel fue conseguir que todos sus hijos se mantuvieran muy unidos, algo que no caracterizaba precisamente a la familia de los Paleólogo. Aunque hubo algunos cambios de opinión y problemas a la hora de suceder a Juan VIII, mucho más tarde, en vida del emperador nunca dejaron que la influencia extranjera los separara como sucediera por ejemplo con Andrónico IV, hermano de Manuel. La excepción fue Demetrio, que estuvo implicado en levantamientos contra Juan y Constantino cuando éstos eran emperadores y que también logró discutir el gobierno de Tomás en Mistra. Pero no alcanzó la envergadura de otros levantamientos históricos, con lo que su importancia no llegó a ser determinante en el devenir de la historia del imperio.

En noviembre Juan salió de viaje a occidente, visitando Venecia, Milán, Mantua y Hungría sin poder conseguir ningún apoyo concreto. La esperanza para Bizancio se estaba esfumando lenta pero inexorablemente.



Juan VIII, hijo y sucesor de Manuel

El final

*“Nunca se había visto tal afluencia de hombres
llorosos en el sepelio de un emperador”*

Jorge Sfranzes

En 1422 Manuel sufrió un ataque de apoplejía, luego del cual se le paralizó una gran parte del cuerpo. Por eso el emperador pasó sus últimos años postrado, aunque para nada inactivo. Sus esperanzas, mantenidas durante los largos años de madurez que puso siempre al servicio del imperio, ya se estaban desvaneciendo desde el advenimiento de Murad II y el fracaso de la revuelta que preparó para colocar en el trono a Mustafá. Ya no le sonreía la suerte a él ni a Bizancio, y los tiempos que se venían prometían nuevas calamidades.

Su hijo Juan había sido educado como todo un emperador, pero era demasiado impetuoso y políticamente mucho menos sagaz que su padre. No es que Manuel se haya arrepentido de su decisión de nombrarlo su sucesor y coemperador, pero en estas palabras que dijo a su amigo Jorge Sfranzes se ve reflejado su pensamiento sobre el futuro, que unos años después se vio correspondido por los hechos: *“En otros tiempos de nuestra historia, mi hijo podría haber sido un gran basileus, pero hoy nuestro imperio no necesita un gran basileus, sino un buen regente. Y yo temo que sus grandiosos planes y empresas traigan la ruina a esta casa.”* Así se refería Manuel a Juan VIII, y así profetizaba el porvenir del imperio.

La prueba de que aún postrado era importante para el imperio la constituyó el último tratado que ordenó, obligado por las circunstancias para obtener un poco de respiro para el imperio. Para ello envió en febrero de 1424 a Jorge Sfrantzés y a otros dos embajadores para negociar un tratado con Murad, en ausencia de Juan VIII, que estaba viajando por occidente. Los embajadores firmaron la entrega de un tributo en dinero al sultán, cediendo todos los puertos del Mar Negro con excepción de Mesembria y Dercos, mientras que conservaba el Strymon y Zeitun. Según algunos historiadores este tratado fue la culminación bochornosa del reinado de Manuel. Eso no es verdad. Lo que tuvo Manuel siempre fue un sentido exacto de la realidad, y en ese momento aplicó lo que siempre hacía: la política de lo posible. Ninguna otra opción quedaba para hacer, y no se lo puede criticar por eso. El emperador volvía a demostrar que para cada instancia tenía una respuesta, aunque ésta pueda parecer una entrega. En realidad no había otra posibilidad, ante la situación desesperada en la que se encontraba Bizancio.

El emperador muere el 21 de julio de 1425, a los setenta y cinco años, ante la consternación de un pueblo que le amaba de forma profunda y sincera, y que lamentó que este gran gobernante no hubiese podido mejorar la situación del imperio, siendo desoído por toda la cristiandad occidental. Aún no se sabe a ciencia cierta si Manuel era un convencido de la unión con la iglesia occidental, aunque lo más probable es que así fuera, pero lo que es claro es que no fue como su padre un emperador que daba la espalda al sentimiento de la gente. Por el contrario, nunca habló de sumisión ni se arrodilló llorando ante ningún otro gobernante suplicando una ayuda.

Todo fue de acuerdo a su personalidad tan particular, encantadora, firme y culta, y en especial fue muy respetuoso de los sentimientos del pueblo bizantino, tan golpeado en los últimos años.

Como hemos dicho al principio, Manuel fue atacado y denostado injustificadamente por muchos historiadores que de forma evidente desprecian este periodo de Bizancio y consideran que ya no merece atención. A pesar de ello, los hechos, la obra de este gran personaje, brilla por sí sola, y da

Porphyra Anno III, Supplemento V, Maggio 2006
“Manuel II Paleólogo, emperador de Bizancio (1391 – 1425)”

paso a un merecimiento que si bien llega casi seis siglos más tarde, demuestra que para la historia no es importante el paso del tiempo. Ciertas cosas salen a relucir tarde o temprano. Y si bien en vida sufrió humillaciones enormes y cometió graves errores ya relatados en este trabajo, eso no hace más que dar la real medida de su espíritu indomable, que no se resignaba a las situaciones estáticas y siempre estuvo en movimiento para lograr cosas mejores. Eso si, casi siempre dentro de las posibilidades verdaderas.

Rolando Castillo, Mayo de 2005

Apéndice. Testimonios.

Carta de Manuel a su amigo y embajador Crisoloras.

Este es parte del texto de una carta que Manuel II (1391-1425), de visita en la corte de Enrique IV (1399-1413), envió desde Londres a Manuel Crisoloras.

"Entonces, ¿Cuál es la razón de la presente?..."

Lo principal es hablarte del gobernante en cuya corte estamos actualmente, de un segundo mundo civilizado, podríamos decir, en el que se reúne una abundancia de buenas cualidades con el adorno de todo tipo de virtudes...

Este regente, pues, es enormemente ilustre por su posición, y también por su inteligencia; su poder es por todos admirado, y su discernimiento le granjea amigos; a todos extiende su mano, y en múltiples formas se pone al servicio de quienes necesitan ayuda.

Y ahora, acorde con la naturaleza, ha creado un verdadero paraíso para nosotros en medio de una doble tempestad, la de la estación y la de la fortuna, y a fe mía que hemos encontrado refugio tanto en el propio hombre como en su carácter.

Su conversación nos es sumamente grata y nos complace en todos los sentidos; nos agasaja con los máximos honores y nos estima bien.

Aunque ha llegado al extremo en todos sus favores, casi se ruboriza en la creencia, bien que sólo él piensa así, de que se ha quedado enormemente corto en todo cuanto ha hecho.

Tal es la magnanimidad de este hombre... finalmente ha dado suficiente prueba de su nobleza al añadir un toque real a nuestros tratos, mérito de su carácter y de las propias negociaciones.

Pues nos está proporcionando ayuda militar, con soldados, arqueros, fondos y embarcaciones para transportar al ejército donde se necesite."

Reflexiones de un cronista inglés sobre la situación de Bizancio en 1401

Referido a la visita de Manuel II Paleólogo al mundo occidental pidiendo ayuda desesperada ante el peligro turco, Adam de Usk realiza los siguientes comentarios:

En mi interior pensaba hasta que punto resulta doloroso que este gran príncipe del Lejano Oriente se haya visto obligado por el peligro de los infieles a visitar las lejanas islas de Occidente para pedir ayuda contra ellos.

Dios mío! ¿Dónde has quedado tú, gloria de la antigua Roma?

La grandeza de tu Imperio está hoy al día despedazada y se puede aludir a ella aplicando las palabras de Jeremías: "La que era considerada a los ojos de las naciones princesa de todas las provincias ha sido sometida hoy a tributo."

¿Quién hubiera podido creer que caerías en una miseria tan profunda, que tú, después de haber dirigido en otro tiempo el mundo en un trono sublime, llegarías a no tener ningún poder para prestar tu auxilio a la fe cristiana?

Este emperador siempre se desplazaba con sus hombres, todos vestidos por igual, del mismo color, blanco, con largas túnicas cortadas como tabardos; encontraba falta en las muchas modas y distinciones del atuendo de los ingleses, que según su opinión eran signo de veleidad y temperamento voluble.

Jamás navaja alguna había tocado la cabeza o la barba de sus capellanes.

Estos griegos eran muy devotos de los servicios de su iglesia, en los que participaban tanto soldados como sacerdotes, pues todos cantaban sin distinción en su lengua nativa...

Yo pensaba para mí en la terrible experiencia que suponía para el gran príncipe cristiano del lejano oriente ser impulsado a la fuerza por los infieles a visitar las distantes tierras del oeste para buscar ayuda contra ellos.

Creo que los comentarios sobran, solamente queda decir que la denominación utilizada por los dos cronistas de "gran príncipe del Lejano Oriente" evoca además de una frase respetuosa, la distancia que separaba al mundo occidental del bizantino en esa época, así como las palabras de Manuel II en su carta a Crisoloras desde Londres, "un segundo mundo civilizado", refiriéndose a la corte de Enrique IV, evoca también ese mismo distanciamiento y su sorpresa por encontrar gente educada y culta tan lejos de Bizancio (a pesar de lo reducido que el Imperio había quedado, ellos seguían considerándose "la civilización".)

Fuente: el libro "Miscelánea Medieval" de Judith Herrin,

Bibliografía

Historia del Estado Bizantino

G. Ostrogorsky

Traducción: Javier Faci

Akal Editor

1984

Bizancio

Franz Georg Maier, Beckedorf, Hartel, Hecht, Herrin, Nicol

Traducción: Marfía Nolla, María del Carmen Palacios, Javier Faci

Siglo XXI Editores

1974

Breve Historia de Bizancio

John Julius Norwich

Traducción: Carmen Martínez Gimeno

Cátedra. Historia. Serie Mayor

2000

El Mundo Bizantino. Vida y Muerte de Bizancio

Louis Bréhier

Traducción: José Almoína

UTEHA. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana

1956

Historia del Imperio Bizantino. Tomos I y II

Alexander A. Vasiliev

Traducción: Carlos Etchevarne. Corregida por Hilario Gómez

Editorial Iberia. Barcelona. 1945

Europa y el Islam en la Edad Media

Henri Bresc, Pierre Guichard y Robert Mantran

Traducción: Mercedes Trías, Marta Carrera, Manuel Sanchez y Rafael Santamaría

Editorial Crítica

2001

Historia de Bizancio

E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha, R. Mantran

Traducción: Rafael Santamaría y Manuel Sanchez

Editorial Crítica

2001

Bizancio y el Mundo Ortodoxo

Alain Ducellier, Michel Kaplan, Jadran Ferluga, Jean Pierre Arrignon, Antonio Carile, Catherine Asdracha y Michel Balard

Traducción: Pedro Bádenas de la Peña

Mondadori España

1992

Breve Historia de Bizancio

Warren Treadgold

Traducción: Carmen Martínez Gimeno

Paidós

2001

Porphyra Anno III, Supplemento V, Maggio 2006
“Manuel II Paleólogo, emperador de Bizancio (1391 – 1425)”

Historia de Bizancio
Emilio Cabrera
Editorial Ariel. Barcelona
1998

Historia de Bizancio
Paul Lemerle
Traducción: Pedro Voltes
Salvat Editores
1956

El Cercano Oriente Medieval
Michel Kaplan, Bernardette Martin, Alain Ducellier
Traducción: Eduardo Bajo. Revisión: Victoria Aguilar y Fernando Rodriguez.
Akal editores
1988

Bizancio
Rowina Loverance
Traducción: Isabel Benmasar
Akal
2000

Bizancio. Perfiles de un Imperio
Antonio Bravo
Akal
1997

Bizancio
Auguste Bailly
Traducción: Luciano Martín y M. del C. Salgado
Colección Historia
1943

Historia del Imperio Bizantino
Karl Roth
Editorial Labor
1943

El Mundo Bizantino, la Encrucijada entre Oriente y Occidente
Salvador Claramunt
Montesinos Editor
1987

Introducción al Mundo Bizantino
Javier Faci Lacasta
Editorial Síntesis
1996

Historia Universal de la Edad Media
Cap 26. Desmembración del Imperio Bizantino
Angel Luis Molina Molina
Ariel Historia
2002

Porphyra Anno III, Supplemento V, Maggio 2006
“Manuel II Paleólogo, emperador de Bizancio (1391 – 1425)”

Constantinopla 1453. Mitos y Realidades
Trab N° 6. Los últimos Paleólogos, los reinos peninsulares y la cruzada.
José Manuel Floristán Imízcoz
2003

Miscelánea Medieval
Judith Herrin
Grijalbo
1999

Historia del Cristianismo. II) El Mundo Medieval
Cap. XV Las Iglesias de Oriente ante la presión otomana.
Vicente Alvarez Palenzuela.
2004